



## **UNIVERSIDAD DE CUENCA**

Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Políticas y Sociales

Maestría en Género y Desarrollo

Mujeres feministas en la política cuencana. Elementos estructurales (materiales y simbólicos) que median, limitan o favorecen su participación.

Trabajo de titulación previo a la  
obtención del título de Magister en  
Género y Desarrollo

Autora:

Psc. Cl. Katherine Elizabeth Mosquera Ramón

CI: 0705321503

kattymm0584@gmail.com

Directora:

PhD. Adriana Victoria Rodríguez Caguana

CI: 0912619608

**Cuenca - Ecuador**

03-Diciembre-2019



## **Resumen:**

El presente estudio busca explorar los recursos materiales y simbólicos a través de los cuales las mujeres que ocupan cargos públicos y de elección popular en la ciudad de Cuenca han forjado una subjetividad política, a propósito del feminismo, como su marco de identidad y acción política, y han fomentado una agenda por los derechos de las mujeres.

Dentro de los objetivos se analizó las trayectorias de vida y la participación política de las tres mujeres entrevistadas, y como el feminismo ha marco la diferencia en su accionar político.

La metodología utilizada es una investigación cualitativa a través de entrevistas de sus historias de vida, hace énfasis en las experiencias que forman la subjetividad política, indagando sobre los referentes de sus acciones políticas, sus trayectorias, sus vinculaciones con partidos políticos, los puestos de representación local, y las líneas de lucha que direccionan sus agendas.

En resumen se ha examinado los recursos materiales y simbólicos de las tres mujeres investigadas, y como estos han trazado su camino y la construcción de la subjetividad política feminista como una posibilidad de resistencia a las múltiples formas de subordinación. Las tres trayectorias aquí contadas y analizadas nos cuentan cómo las mujeres respondemos a las relaciones de poder que vivimos en la escuela, la universidad, el trabajo, la familia y la militancia política de diversas formas. Unas veces renegociando los campos de poder, otras, rompiendo con el poder desde la autonomía en prácticas del día a día que parecen insignificantes, pero que para nosotras significan verdaderos procesos de liberación.

**Palabras clave:** Subjetividad política. Participación Política. Mujeres. Feministas. Recursos materiales y simbólicos.



**Abstract:**

This study seeks to explore the material and symbolic resources through which women in public office and popular election in the city of Cuenca have forged a political subjectivity about feminism as their framework for identity and political action, and have fostered an agenda for women's rights.

Within the objectives, the life trajectories and political participation of the three women interviewed were analyzed, and how feminism has marked the difference in their political actions.

The methodology used is qualitative research through interviews of their life histories, emphasizing the experiences that form political subjectivity, investigating the referents of their political actions, their trajectories, their links with political parties, the positions of local representation, and the lines of struggle that direct their agendas.

In summary, the material and symbolic resources of the three women researched have been examined, and how they have traced their path and the construction of feminist political subjectivity as a possibility of resistance to multiple forms of subordination. The three trajectories narrated and analyzed here tell us how women respond to the power relations that we live in school, university, work, family, and political militancy in diverse ways. Sometimes renegotiating the fields of power, other times, breaking with power from autonomy in everyday practices that seem insignificant, but that for us mean true processes of liberation.

**Keywords:** Political subjectivity. Political participation. Women. Feminists. Material and symbolic resources.



## ÍNDICE

|  |            |
|--|------------|
| <b>Dedicatoria .....</b>   | <b>9</b>   |
| <b>Agradecimiento .....</b>  | <b>10</b>  |
| <b>Introducción .....</b>  | <b>11</b>  |
| <b>Capítulo uno: La experiencia de las mujeres: Elemento constitutivo de la<br/>subjetividad y trayectoria política.....</b> | <b>15</b>  |
| 1.1.Introducción .....   | 15         |
| 1.2.Género y participación política .....  | 16         |
| 1.3.La experiencia y el proceso de subjetivación política .....  | 19         |
| 1.4. Las experiencias de las mujeres en el feminismo .....   | 26         |
| 1.5. Elementos estructurales y simbólicos que atraviesan el campo político .....   | 34         |
| <b>Capítulo dos: Recursos materiales y simbólicos en la participación de las mujeres<br/>.....</b>                           | <b>39</b>  |
| 2.1. Recursos materiales y simbólicos de las mujeres .....   | 39         |
| 2.2. Tres mujeres, tres historias, múltiples caminos .....   | 42         |
| 2.3. Campo socio-familiar .....  | 44         |
| 2.4. Capital universitario .....   | 56         |
| <b>Capítulo tres: Reconocimiento de la subalternidad: experiencias de exclusión y<br/>desigualdad .....</b>                  | <b>62</b>  |
| 3.1. Puntos de ruptura. Exclusión y auto-exclusión de las mujeres en los espacios de<br>participación .....                  | 64         |
| 3.2. El derechos como profesión masculinizadas .....   | 70         |
| 3.3. La falta de acción estatal como marco para la acción feminista .....  | 73         |
| 3.4. Estrategias y reacciones contra las ideologías patriarcales .....   | 79         |
| 3.5. Discriminación y resistencia .....  | 81         |
| 3.6. Educación para la toma de conciencia.....   | 85         |
| 3.7. El proyecto democrático radical .....   | 90         |
| <b>Conclusiones .....</b>  | <b>95</b>  |
| <b>Bibliografía .....</b>  | <b>103</b> |



|   |     |
|---|-----|
| <b>Anexos</b> .....                     | 107 |
| Anexo 1. Instrumento metodológico ..... | 107 |
| Anexo 2. Preguntas .....                | 108 |



Cláusula de licencia y autorización para publicación en el Repositorio  
Institucional

---

**Katherine Elizabeth Mosquera Ramón** en calidad de autora y titular de los derechos morales y patrimoniales del trabajo de titulación "Mujeres feministas en la política cuencana. Elementos estructurales (materiales y simbólicos) que median, limitan o favorecen su participación", de conformidad con el Art. 114 del CÓDIGO ORGÁNICO DE LA ECONOMÍA SOCIAL DE LOS CONOCIMIENTOS, CREATIVIDAD E INNOVACIÓN reconozco a favor de la Universidad de Cuenca una licencia gratuita, intransferible y no exclusiva para el uso no comercial de la obra, con fines estrictamente académicos.

Asimismo, autorizo a la Universidad de Cuenca para que realice la publicación de este trabajo de titulación en el repositorio institucional, de conformidad a lo dispuesto en el Art. 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior.

Cuenca, 03 de diciembre de 2019

---

Katherine Elizabeth Mosquera Ramón

C.I: 0705321503



### Cláusula de Propiedad Intelectual

---

**Katherine Elizabeth Mosquera Ramón** autora del trabajo de titulación "Mujeres feministas en la política cuencana. Elementos estructurales (materiales y simbólicos) que median, limitan o favorecen su participación", certifico que todas las ideas, opiniones y contenidos expuestos en la presente investigación son de exclusiva responsabilidad de su autora.

Cuenca, 3 de diciembre de 2019.

Katherine Elizabeth Mosquera Ramón

C.I: 0705321503



## **Dedicatoria**

A mi madre Nelly Ramón Quezada, quien me enseñó a luchar y ser rebelde, y siempre ha estado conmigo, dejándome volar tan alto como mis sueños y luchas.

A mi compañero de vida Dalton Maldonado Aguilar, que cada día camina junto a mí de la mano, luchando hombro a hombro y en la calle contra este sistema capitalista y patriarcal.

Y a todas las mujeres feministas que me antecedieron, y a todas las que seguimos en pie de lucha abriéndonos camino a las futuras generaciones.





## **Agradecimiento**

Gracias Andrea, Pepita y Chechi por ser un apoyo fundamental en esta investigación, y demostrarme lo importante que las mujeres como nosotras estemos inmersas en la política y toma de decisiones.

A la PhD. Adriana Rodríguez Caguana, quien me apoyó y compartió su valioso tiempo, conocimientos y experiencias conmigo, sin los cuales no hubiese sido posible el alcance de mis objetivos y de este sueño.

Gracias a todas mis amigas feministas que estuvieron junto a mí, Fernanda Rodríguez, Paola Hidalgo, Mujeres por el Cambio, Cabildo por las Mujeres de Cuenca y mi Partido.



## Introducción

La incursión de las mujeres en la política ha sido un camino muy complejo de andar, ya que este espacio (lo público – político) ha sido históricamente asignado a los hombres. Por tal motivo, han sido aisladas y relegadas a la esfera privada y de cuidado, evidenciando así una histórica relación de desigualdad.

En la ciudad de Cuenca, la Ley de Cuotas ha permitido un avance significativo, en términos de la ocupación de cargos públicos y de elección popular (Valdiviezo y Armas, 2008), lo que ha favorecido la paridad entre géneros. Sin embargo, siguen siendo las mujeres una minoría en el campo político.

Se entiende que las normas creadas para garantizar la paridad de género son necesarias pero insuficientes para garantizar la efectiva equidad de género en la política, esto debido a que en el campo político se juegan y disputan recursos que las mujeres poseen en menor medida. Es allí donde vale la pena ver más allá del marco normativo y legal que rige la participación política de las mujeres y ahondar en los elementos materiales y simbólicos que median, limitan o favorecen la participación de las mujeres, con especial énfasis en el análisis de las formas en que las feministas incursionan en la política.

La hegemonía de los varones en las relaciones de género que se incrustan en la política, han develado una notable desigualdad, que pesa sobre las mujeres, en el marco del principio de igualdad de oportunidades de la democracia liberal. El enfoque de género y el activismo feminista han develado, entre otras, “[...] la realidad social del trato desigual, la discriminación sexual, los estereotipos culturales y la subordinación de las mujeres tanto en la casa como en el mercado” (Dietz, 1990, p. 111).



En la actualidad, el número de mujeres que participan de la toma de decisiones en los espacios parlamentarios y de elección popular, tanto en el nivel nacional, cuanto sub-nacional, es deficitario (ONU Mujeres, 2018). Además, las mujeres que han logrado ocupar dichos cargos se han enfrentado a obstáculos que limitan el desarrollo de una agenda dirigida a la conquista de derechos y al mejoramiento de la calidad de vida de las mujeres. Ello no ha sido óbice para que se hayan logrado avances al respecto, aún con el déficit señalado.<sup>1</sup>

A fin de desarrollar esta investigación se dispone como objetivo general, explorar los recursos materiales y simbólicos a través de los cuales las mujeres que ocupan cargos públicos y de elección popular en la ciudad de Cuenca, han forjado una subjetividad política, a propósito del feminismo como su marco de identidad y acción política. Para cumplir con el propósito se realizó la siguiente pregunta que guía la problemática que será analizada en esta investigación: ¿Cuáles son los elementos materiales y simbólicos que han configurado la subjetividad política de mujeres feministas que ocupan cargos públicos y de elección popular en la ciudad de Cuenca?

La presente investigación en términos metodológicos se la realizó de manera cualitativa, fundamentada en lo inductivo-comparativo, a través de entrevistas semi-estructuradas (anexo 1), a profundidad que permitieron construir tres relatos de vida sobre la incursión en la política y, permitieron ver de qué manera estas mujeres feministas que han ocupado espacios de poder en su trayectoria política, y han fomentado una agenda por los derechos de las mujeres.

---

<sup>1</sup> La participación de las mujeres en el régimen democrático liberal ha logrado “la prolongación de las licencias de embarazo, planes de acción afirmativa, instalaciones para el cuidado de los niños, salarios de valor comparable, leyes contra el hostigamiento sexual, ventajas en el cuidado de la salud” (Dietz, 1990, p. 111).



Para ello, se hace énfasis en las experiencias que forman la subjetividad política, indagando sobre los referentes de su accionar político, su trayectoria, su vinculación con partidos políticos, los puestos de representación local y las líneas de lucha que direccionan su agenda política.

Dentro del primer capítulo abordaremos el marco teórico que guía la investigación, el mismo cuenta con aportes construccionistas de los estudios de género y estudios feministas, donde se analizará la categoría clave de subjetivación política de las mujeres, como también algunas corrientes del feminismo que analizaran las relaciones de dominación que limitan el desarrollo de las mujeres en el campo público – político, además las jerarquías sexuales del trabajo en el campo político, las relaciones de poder en las prácticas políticas que nutren el debate sobre las desigualdades sociales en funciones del género.

Dentro del segundo capítulo se plantea analizar la historia de la lucha feminista para conquistar estos espacios públicos y lograr tener una práctica diferente en los cargos públicos y de elección popular, por medio de las historias de vida de tres mujeres feministas, con el propósito evidenciar las formas en que estas mujeres se acercaron a la política.

En el tercer capítulo se examinará las experiencias más significativas para las tres protagonistas de esta investigación, los puntos de ruptura, los eventos que disparan una conciencia de clase, lejana a la propia de las informantes que es de clase media, para adoptar una solidaridad con las clases subalternas y las luchas de género, las mismas que llevan a reconocer el estado de subalternidad en un contexto social específico, convirtiéndose en potencial energía para la militancia y la acción política.



Finalmente para el desarrollo metodológico de este trabajo se consideraron cinco variables a tener en cuenta, indispensables para lograr una comprensión exhaustiva del proceso del que nuclea este esfuerzo teórico. Así, se abordan i) la trayectoria política, ii) el marco ideológico, iii) las condiciones profesionales e intra-partidistas, iv) las disputas en el marco del enfoque de género, y v) la ocupación de cargos públicos o de elección popular.

En sí, la lucha por alcanzar una participación política por parte de las mujeres en la ciudad de Cuenca es todavía un reto, y más aún para aquellas mujeres que se reivindican como feministas, ya que en el lugar en donde se encuentren, hagan y vayan donde vayan, las feministas siguen habitando en los lugares más difíciles del escenario político, siendo la voz que incomoda y la conciencia que despierta.



## Capítulo 1

### **La experiencia de las mujeres: Elemento constitutivo de la subjetividad y trayectoria política.**

#### **1.1. Introducción**

Dada naturaleza teórico-práctica de la investigación, y comprendiendo las realidades como construcciones sociales y no como realidades esenciales y universales, el presente apartado expresa el marco teórico que guía la investigación. Este se nutre de los aportes del contexto social, y de los estudios de género y feministas, así como de algunos aportes de la sociología contemporánea.

Las diversas teorías como feminismo liberal o de la igualdad, feminismo radical y de la diferencia, y el feminismo socialista, que se entretajan en este apartado dialogan para lograr una convergencia de conceptos útiles para el análisis de la reproducción de las desigualdades de género en el campo de lo público-político.

En un intento por entender las posibilidades de participación de las mujeres entre la estructura y la capacidad de agencia, este apartado describe el marco teórico en el que el *género* se instaure como categoría fundamental sobre la que históricamente se han reproducido desigualdades sociales (Stolcke 2000); por ende, se convierte en una categoría central para el análisis de la experiencia de las mujeres en la participación política.

Se toman algunos elementos de la sociología (Modonesi 2010; Ramirez 2015, Vèlez 2008) para analizar la *experiencia* como categoría clave de la subjetivación política de las mujeres. En un segundo momento, se indaga por cómo algunas corrientes de



feminismo han leído tales experiencias a la luz de las relaciones de dominación que limitan su desarrollo en el campo público-político.

Finalmente se toma la noción de violencia simbólica de Bourdieu (2000) para visibilizar esas estrategias “tenues” sobre las que el poder se cuela en dominados y dominadores a fin de eternizar estructuras sociales y cognitivas que sostienen la superioridad masculina. Tal reflexión es útil para visibilizar las violencias ocultas que reproducen la exclusión política de las mujeres.

### **1.2. Género y participación política**

La categoría género fue impulsada inicialmente por el feminismo anglosajón, que se enfocaba en la superación de los obstáculos legales para alcanzar la igualdad entre mujeres y hombres. El género sirve para denominar las características entendidas como femeninas o masculinas que se adjudicaban a los sexos biológicos de las personas. Dicha adjudicación ha sido producto de construcciones socio culturales y no de determinaciones innatas e inamovibles de la naturaleza.

Los estudios de género dan cuenta de los modos en que se decodifica el significado que las culturas adjudican a la diferencia de sexos (Lamas 1996). De esta premisa se han desprendido diversos estudios sobre la identidad de género afianzando la necesidad de separar el sexo como característica biológica del género como atributos adquiridos socialmente en una cultura.

En el marco de un sistema patriarcal, los atributos contruidos socialmente para cada género responden a la supremacía de lo masculino sobre lo femenino, lo que resulta en la producción de jerarquías y grandes desigualdades sociales (Scott 2008).



Al respecto Verena Stolcke (2000) sostiene que, a través de la naturalización de categorías como sexo o raza se ha logrado, históricamente, crear y sostener desigualdades sociales. Por ello, cuestionar su fundamento biológico es un paso indispensable cuando se quiere entender cómo se construyen las relaciones de dominación.

Por largo tiempo el sexo fue considerado la base biológica del género. Ese carácter innato, inmutable y natural del dimorfismo sexual permitió afirmar diferencias sociales basadas en diferencias naturales, marcando relaciones y funciones sociales específicas para el hombre y para la mujer. Así fue que la diferenciación biológica sirvió al racismo científico para justificar las fallas del liberalismo moderno y reproducir las clases sociales y las diferencias sexuales, y con ellas, las desigualdades (Stolcke 2000).

De esta forma se produjo, a través de las evidencias físicas de la raza y el sexo, una naturalización ideológico-política de las diferencias biológicas, dicho subterfugio ideológico ha permeado todas las capas sociales complejizando la conquista de una equidad real entre hombres y mujeres, tomando como ejemplo que este grupo de personas ha sido subordinado por una sociedad heteronormativa y discriminatoria. Por esto, para entender los fenómenos sociales como constructos históricos es indispensable desnaturalizar las categorías de análisis que han sido usadas por la hegemonía del conocimiento.

La complejidad de la relación sexo - género en el campo de los estudios de género no solo significó un gran avance epistemológico. La epistemología feminista asumió el reto de entender la experiencia de las mujeres en función del género y la identidad sexual como elementos claves para leer las desigualdades, y también lo fue en el campo político. Vélez (2008) argumenta al respecto,





“La distinción sexo-género ha sido muy valiosa para combatir los determinismos biologicistas y también un esfuerzo político y epistemológico para sacar a las mujeres de la categoría naturaleza y posicionarlas en la de cultura como seres contruidos y que se autoconstruyen, defendiendo así la primacía de cultura-género sobre biología-sexo” (Vélez 2008, 32).

El análisis de las jerarquías sexuales del trabajo en el campo público y privado, así como las relaciones de poder en las prácticas políticas nutrieron el debate sobre las desigualdades sociales en función del género. Aunque múltiples son las conquistas de las mujeres en la esfera público-privada, sigue habiendo un campo en el que nos encontramos significativamente relegadas sin encontrar el reconocimiento que nos corresponde por ser miembros de esta sociedad: la toma de decisiones en el campo político y económico (Fisher 2000), como es el campo de la toma de decisiones políticas, en materia de derechos y la actual discusión sobre la no punibilidad de la interrupción del embarazo por violación. Aun cuando se han dado avances en este campo las mujeres seguimos ocupando puestos relegados, operativos, sin mayor posibilidad de incidencia y toma de decisiones. En palabras de Tarrés, evidenciamos una “participación subordinada” (Tarrés 2005).

Aquí cabe aclarar que la participación de las mujeres debe trascender la mera organización en función de proponer y criticar programas públicos, y más bien ubicarse en la inclusión real de las mujeres como actores sociales en el sistema político, la toma de decisiones y la representación; “En este contexto, la inclusión de las mujeres en los espacios de poder público en pie de igualdad respecto de los hombres, es uno de los propósitos cuando se trata de mejorar la calidad de la democracia y, en consecuencia, la gobernabilidad democrática” (Massolo 2007, 12)

En el libro *La construcción social del sujeto político femenino*, Graciela Vélez (2008) atiende a la pregunta del por qué las mujeres no tenemos igualdad real en los espacios



políticos. La autora invita no solo reconocer que existen respuestas estructurales basadas en el sistema patriarcal, la división sexual del trabajo y los espacios y las estructuras organizativas al interior de los partidos, sino que propone además contemplar los procesos identitarios y subjetivos que atraviesan a las mujeres para hallar otras respuestas a la dificultad de las mismas por conquistar la igualdad real del espacio público-político.

Según Vélez, para comprender cómo se construye la identidad femenina que constriñe a las mujeres hacia lo privado más que a lo público, es necesario estudiar la identidad de las mujeres construida en la subalternidad, o, -como diría Simone de Beauvoir (1999)-, esa identidad construida como *la otra* en donde la mujer es para los otros y no para sí misma. Aquí cabe resaltar la reflexión que Lagarde (1997) y Butler (2001) hacen del género al reconocerlo como elemento primario de la autoidentidad, pues es el género uno de los elementos iniciales que demarca al sujeto formas de relacionarse con los otros y con el mundo.

La subjetividad esta evidenciada en las relaciones de poder que provocan desigualdad y marginación social de la construcción de un sujeto político femenino, bajo los principios de igualdad y autonomía; por ende, no puede ser entendida al margen de la experiencia del sujeto, sino debe tomarla como elemento central de su constitución. Para desarrollar este argumento quisiera detenerme en la reflexión sociológica de Modonesi (2010) y Ramírez (2015) sobre el proceso de subjetivación política. Sus aportes, sumados a las reflexiones feministas en el tema, brindan elementos teóricos importantes para entender el accionar y la trayectoria política de las mujeres.

### **1.3. La *experiencia* y el proceso de subjetivación política**



La teoría crítica de la subjetivación política de Modonesi (2010) plantea la construcción del sujeto político alrededor de dos dimensiones principales. Una primera sostiene que es en la *experiencia* de lucha donde el sujeto político va constituyéndose. El proceso abierto de asimilación o incorporación subjetiva que realiza el sujeto de su condición material y, la acumulación y el procesamiento de vivencias, saberes y prácticas colectivas que devienen en la *conciencia de sí* como sujeto subalterno, ocurre gracias a la relación que tienen los sujetos con el conflicto de poder. Según el autor, es a través de la *experiencia* que se puede leer cómo se sitúa el sujeto frente a las relaciones de poder que lo atraviesan, el modo y lugar desde donde enuncia y acciona sus luchas, así como las transformaciones sociales que pueden generarse a partir de la acción de lucha directa, cotidiana y sostenida que estos emprenden.

En segundo lugar, la dimensión política de la subjetividad se forja en la organización colectiva dada para emprender la lucha. La producción del sujeto político se da en medio de dinámicas de cierre o apertura, propias de las sociedades capitalistas, que al tiempo que precarizan las condiciones de reproducción social de la vida, incentivan la transformación de las formas organizativas y de lucha (García 2001).

Se entiende entonces, que sólo a través del conflicto se da la construcción de sujetos políticos y es a través de las experiencias de lucha y la reconfiguración de los campos de poder que las subjetividades van tomando características particulares. La subjetivación política es un proceso abierto forjado por las experiencias colectivas emergentes de las relaciones de dominación, conflicto y emancipación que experimentan los sujetos. Dicha subjetivación -según los matices que toma con las relaciones de poder- puede generar grietas en las relaciones de dominación y dar paso a transformaciones sociales más o menos profundas, más o menos perdurables.



La capacidad, disposición o potencialidad de convertir las prácticas en memoria, en acción política y en conciencia es lo que da a la práctica su potencial capacidad de volverse experiencia. La expresión *la clase no solo lucha porque existe, sino que, existe porque lucha*, da cuenta de la existencia de sujetos políticos que se forjan solo en relación a los escenarios contenciosos en los que sus experiencias toman sentido (Ramírez 2015).

El sujeto se hace constantemente y su subjetividad política transita por la tríada *Subalternidad, Antagonismo y Autonomía* según el diálogo que establezca con las relaciones de poder que lo atraviesan. A fin de explicar analíticamente este proceso, Modonesi (2010) plantea la tríada categorial: *subjetividad subalterna, subjetividad antagónica y subjetividad autónoma*, para pensar la subjetivación política como proceso dinámico, con flujos y reflujos que se hace y rehace en el conflicto y la lucha.

Gramsci sostiene que la subalternidad es una condición subjetiva de subordinación en el contexto de la dominación capitalista. Se produce en función de la incorporación de experiencias colectivas de sumisión que se mueven entre la aceptación relativa y la resistencia en el marco de dominación existente. Es decir, no implica el establecimiento de un orden de poder diferente al que ya existe, sino más bien contiene la posibilidad de la renegociación del *poder sobre*; es decir, la posibilidad de actuar sobre el restablecimiento de un orden de justicia (Modonesi 2010).

El antagonismo por su parte, deviene de procesos y relaciones de lucha, de confrontación. Su construcción se da a través de la incorporación de experiencias colectivas de insubordinación. Supone la emergencia de un contrapoder y amplía la posibilidad de impugnar al orden existente y manifestarse contra la dominación (rebelión, revuelta, insurrección). Es el *poder contra*.



Finalmente, la autonomía deriva de procesos y relaciones de liberación producida por la incorporación de experiencias colectivas de emancipación. Encarna la negación y superación de la dominación existente creando ámbitos auto-regulados por el sujeto. Esto es, la posibilidad del sujeto de actuar fuera o en los márgenes de la estructura de dominación. El *poder hacer* como formato de las relaciones sociales (Modonesi 2010).

Cada momento de esta triada, más que marcar un proceso lineal pretende dar cuenta de las dimensiones políticas y relacionales que se dan entre el sujeto y las relaciones de dominación. Así, las experiencias de *subordinación* ocurren en el marco de la renegociación del ejercicio del *poder sobre* la dominación existente; la resistencia como experiencia y manifestación de la conciencia demarca una *subjetividad subalterna*. Las experiencias de *insubordinación* caracterizadas por la impugnación y la rebelión contra la dominación existente son la manifestación del ejercicio del *poder contra* y delinean la *subjetividad antagónica*. Finalmente, la subjetividad *autónoma* da cuenta de un *poder hacer* que se evidencia en la capacidad de los sujetos por establecer relaciones y procesos de liberación (Modonesi 2010).

Una vez contextualizada la relación entre conflicto y experiencia, resulta pertinente decir que la subjetivación política es un proceso de cambio en la conciencia, en la experiencia colectiva y por ende en la identidad del movimiento social. Sin embargo, resulta problemático caracterizar cómo sucede ese cambio en el sujeto, en el movimiento social y en la estructura social.

Modonesi (2010) y Ramírez (2015) parecen coincidir en que el punto de llegada es la transformación social del mundo capitalista, donde interactúan el patriarcado y capitalismo, interrelacionándose para oprimir y explotar una clase sobre la otra y un género sobre otro. Lo que no resulta fácil de conciliar entre ellos es ¿cómo acontece



dicho cambio? Y ¿cómo opera la autonomización del sujeto en el cambio social de lo local y lo global?

La posibilidad de construir una subjetividad política en la que prevalezca experiencias emancipadoras, requiere entender el proyecto autonomizador como medio y como fin. Prácticas que trascienden el mero campo discursivo en el que el horizonte de sentido y la utopía suelen situarse, para configurar a la praxis vital y a la cotidianidad como acciones emancipadoras, como instrumento de transformación que prefigura lo que puede venir a través de un sistema universal de lucha social y emancipación.

Esta reflexión ha sido vital para las activistas feministas quienes han abogado por cuestionar sus prácticas y relaciones más cotidianas, apostando por el cambio en lo habitual, en sus relaciones amorosas, familiares, y sociales más cercanas. Pero también lo que ha motivado que la lucha por la eliminación de la dominación que les atraviesa confluya con las luchas por el medio ambiente, la defensa animal, etc. El cambio social desde esta perspectiva es *presente y futuro*. Es en la subjetividad autónoma y las experiencias emancipadoras donde el control del sujeto sobre los medios de producción, la reivindicación del trabajo vivo y la disolución progresiva de las relaciones de dominación ligadas al capital tiene lugar como realidad y utopía.

Para García Linera (2001) la transformación social tiene lugar gracias a la resignificación y activación de estructuras de acción colectiva que producen, recuperan y conservan “lo común”. La autonomización pasa por las formas de *recuperación y garantía de los medios de producción de la vida social* (agua, servicios, tierra) y la *ampliación de prácticas de politización y democratización de la vida colectiva*. En esto, el feminismo marxista, específicamente Silvia Federecci (2014) hará énfasis en la recuperación de los comunes, retomando el control sobre sus decisiones y vida, como



forma de transformar las relaciones sociales que sostienen la dominación capitalista y patriarcal.

Modonesi (2010) es indiferente a la generalización de las prácticas emancipadoras ya que la transformación que hace el sujeto de las normas, valores y relaciones ya representan un cambio social, pero Ramírez (2015) insiste en la necesidad de trascender la especificidad y aislamiento de estas iniciativas articulando la dimensión macro y micro del campo relacional del sujeto.

La divergencia entre Modonessi y Ramirez parece situarse en la comprensión de los niveles en los que impactan dichos cambios y el lugar de estos en los encadenamientos sociales. Así pues, Modonesi (2010) da gran valor a los cambios internos del sujeto y la producción de un sistema de organización de la vida social sin que estos tiendan, necesariamente, al desmonte del orden mundial. Las diferentes luchas sociales y de emancipación resultan importantes, en tanto el despliegue del sujeto *antagónico* y *autónomo* ya afecta el entramado del poder social. La autoconstitución, la autogestión y la autonomía, son muestra de que las relaciones de poder que atraviesan al sujeto han sido, de alguna manera, alteradas. Dicho proceso emancipador marca ciertas rupturas con las relaciones de dominación y parece tener lugar en un *afuera*, en un *más allá* de estas relaciones.

Ramírez por su parte considera problemática esta lectura. Según el autor, Modonesi parece ignorar que la subjetivación no puede distanciarse de las relaciones de dominación, lo que implica analizar el lugar de las mediaciones institucionales y la relación entre el sujeto autonomizado y el sistema de dominación en la recomposición de las relaciones de dominación. Desde este punto de vista, la subjetivación autonomista entendida como desplazamiento "más allá del poder" sólo es útil pensada



como "ficción" (analítica) que permite al sujeto visualizar sus horizontes de transformación.

La autonomía *no es un salto al afuera*, sino que se da en medio de una serie de mediaciones y articulaciones que son usadas para construirla. Por lo que es necesario pensar en los márgenes de negociación y las *mediaciones institucionales* que se dan con el poder establecido y que impactan los modos de acción de los movimientos.

Pensar en el sujeto autónomo desde la exterioridad suscita el problema de un sujeto que emerge distanciado del campo de dominación y no altera radicalmente su estructura. Para Ramírez (2015) es necesario pensar tanto en la transformación estructural que generan las prácticas emancipadoras, cuanto en las relaciones entre movimiento, estructura y cambio; es decir, las relaciones, tensiones y conflictos que se dan entre la agencia y la estructura.

Los aportes de la teoría de la subjetividad crítica resultan útiles para desencializar el lugar de la subalternidad. No hay una esencia propia en el lugar de la subalternidad donde radica la posibilidad de la emancipación y de la revolución, no hay un grado cero de dominación en la clase, el género o la raza que garantice la resistencia. El potencial de contestación no está determinado únicamente por el lugar del sujeto en las relaciones de producción. Más bien, está fuertemente estimulado por las experiencias de dominación, conflicto y emancipación que este establece con las relaciones de poder que ejercen los hombres hacia las mujeres.

La tríada categorial propuesta por Modonesi, contribuye a pensar los tránsitos del sujeto político en el proceso de su constitución, en una relación articulada, en donde las tres grandes formas de experiencia coexisten, se sobre determinan o se combinan de manera





desigual. Pero en donde la autonomía se sitúa como un gran lugar en el que el sujeto logra trascender la resistencia e impugnación contra el poder, y explota la capacidad de construir valores, normas y relaciones fuera de las planteadas por el sistema capitalista.

Dicha construcción de normas y valores sociales lleva a pensar en qué tipo de cambio social se genera y si este tiene algún impacto en la matriz de poder social, o si, por el contrario, el sujeto puede autonomizarse sin que ello altere el conjunto de las líneas estructurales de dominación. La invitación es a dotar de importancia analítica el lugar de las negociaciones y mediaciones que permitan conocer los entornos institucionales, los *lugares intermedios* (Ramírez 2015), que actúan entre las estructuras sociales y las estrategias de lucha, y que evidentemente afectan las experiencias de dominación, de lucha y de libertad que emprenden, o no, las mujeres feministas.

Esta reflexión sobre la experiencia en la construcción de la subjetividad política es de gran importancia para analizar los lugares, recursos y discursos desde donde las mujeres disputamos el poder, lo interpelamos o rechazamos.

### **1.4.Las experiencias de las mujeres en el feminismo**

Partiendo de que el potencial de contestación no está determinado únicamente por el lugar del sujeto en las relaciones de producción sino, principalmente, por las experiencias de dominación, conflicto y emancipación que este establece con las relaciones de poder; vale revisar las reflexiones teóricas más relevantes (para la presente investigación) que el feminismo ha dado sobre la situación de las mujeres en las relaciones de poder y conflicto en función de su género.

Aunque a lo largo de la historia hubo mujeres que denunciaron las exclusiones que sufrían por el solo hecho de ser mujeres, el feminismo se instaura como corriente de



pensamiento y movimiento social cuando las mujeres empiezan a cuestionar el origen de la subordinación femenina.

El feminismo es un movimiento históricamente constituido, local y mundial, social y político que posee un objetivo de emancipación y un contenido normativo. “Plantea las exigencias de un sujeto (mujeres), identifica un problema (la sujeción y reificación de las mujeres a partir de las relaciones de género) y expresa varias intenciones (acabar con las relaciones de dominación, terminar con la discriminación sexual, asegurar la liberación sexual de las mujeres, luchar a favor de sus derechos e intereses, crear “conciencia”, transformar las estructuras institucionales y legales, introducir una perspectiva de género en la concepción de la democracia) en nombre de principios específicos (igualdad, los derechos, la autonomía, la dignidad, la realización propia, el reconocimiento, el respeto la justicia, la libertad)” (Dietz y Olivares 2005, p. 179).

El feminismo como movimiento social surge con el cuestionamiento del orden establecido que otorga al género masculino supremacía social, política y económica sobre las mujeres. Está orientado a “acabar con la subordinación, desigualdad, y opresión de las mujeres y lograr, por tanto, su emancipación y la construcción de la sociedad en la que ya no tengan cabida las discriminaciones por razón de sexo y género” (Facio y Fries 2005).

Históricamente el feminismo es analizado a través de cuatro olas, la primera reivindica la ciudadanía de las mujeres, la segunda demanda principalmente el derechos al voto de las mujeres, la tercera del feminismo contemporáneo reclama los valores (un cambio de valores y que la justicia legisle aspectos considerados antes como “privados”) y la cuarta ola se encuentra en debate, tiene la característica el activismo online y el uso de redes sociales, además de un movimiento más internacional. Las mismas están



íntimamente ligadas con las luchas y demandas por los derechos sociales, civiles y sexuales y reproductivos. Por ello se argumenta que el feminismo es un movimiento social y político, cargado de teoría, cuyas reflexiones y acciones parten “de la toma de conciencia de las mujeres como colectivo humano subordinado, discriminado y oprimido por el colectivo de hombres en el patriarcado, por la lucha por la liberación de nuestro sexo y nuestro género.” (Beltrán, Maquieira, Álvarez y Sánchez 2001, 283).

Al ser múltiples las experiencias de subordinación de las mujeres, el feminismo ha ido construyendo corrientes diversas de pensamiento para dar cuenta de la opresión de las mujeres en relación con la política, el medio ambiente, la sexualidad, el trabajo, etc. Al reconocer la diversidad de realidades y entramados de dominación que intersectan a las mujeres prefiero hablar de feminismos antes que de un único feminismo.

Según Kate Young (1997) los feminismos tienen múltiples explicaciones sobre las experiencias que atraviesan la movilización y organización de las mujeres, sin embargo, la mayoría confluyen en que la unificación y organización de las mujeres se da alrededor de un número de aspectos derivados de su subordinación como género. Entre ellos podemos encontrar: 1) el control masculino del trabajo de las mujeres; 2) el acceso restringido de las mujeres a los recursos económicos y sociales valiosos y al poder político, cuyo resultado es una distribución muy desigual de los recursos entre los géneros; 3) la violencia masculina y el control de la sexualidad.

Trataré de mencionar los elementos más importantes de las diversas corrientes del feminismo que, a mi consideración, aportan al análisis complejizando la situación de las mujeres en la esfera público- política.



*Feminismo liberal o de la igualdad* toma fuerza en los años sesenta y setenta del siglo XX y se caracteriza por reivindicar el derecho de las mujeres a la autodeterminación, la libertad para decidir sobre su cuerpo y su vida, la igualdad de derechos y de oportunidades. Aunque con bastantes conflictos con el pensamiento liberal como modelo político-económico, el feminismo de la igualdad planteo la necesidad de ciertas políticas redistributivas para lograr la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres (Beltrán, Maquieira, Álvarez y Sánchez 200).

Es importante constatar que la reivindicación liberal por excelencia del feminismo es la reivindicación de igualdad, que la libertad es sólo una consecuencia de la igualdad para las mujeres. Sin igualdad no cabe pensar en un agente autónomo ni en un sujeto capaz de tener preferencias o deseos (Beltrán, Maquieira, Álvarez y Sánchez, 2001, 89)

El feminismo liberal considera que la desigualdad entre hombres y mujeres es producto de una injusta adjudicación de derechos y oportunidades que debe ser revertida. Al mismo tiempo, muchas feministas comenzaron a señalar que las reivindicaciones conseguidas bajo el argumento de la igualdad no habían logrado revertir la situación de opresión y marginación de las mujeres, incluso la había agravado más, pues la adquisición de derechos no era acompañada del desmonte de roles de género.

*El feminismo radical y de la diferencia* analiza la constitución del ejercicio del poder masculino, se denomina radical porque intenta ir a las raíces de la opresión para generar estrategias que ataquen desde allí. Así es como sitúa en el debate la división sexual del trabajo, la familia como institución microsocial de dominación y cuestiona la heterosexualidad como dispositivo de dominación y control de los cuerpos y el deseo.



Las feministas radicales iniciaron de alguna manera lo que posteriormente, y de forma general, se dio en llamar feminismo de la diferencia. El feminismo radical/ de la diferencia se enfatiza en la biología reproductora de las mujeres, analiza cómo esto la sujeta a la vida doméstica, de cuidado a las hijas e hijos perpetuando la opresión. Cuestiona la asignación de roles de género y reivindica la lucha por la incorporación de la mujer en el mundo productivo, de trabajo, público, exigiendo una transformación y reconocimiento social para las mujeres.

*El feminismo socialista* indaga la relación entre capitalismo y patriarcado. Para esta corriente la unión de ambos sistemas de dominación - la dominación sexual y la de clase- sostienen la subordinación social, económica y política de las mujeres. El sistema patriarcal capitalista genera una doble explotación y discriminación a las mujeres quienes ofrecen al sistema capitalista gran cantidad de trabajo reproductivo que no es reconocido, ni remunerado, y sin el cual la dominación de clase no se daría a cabalidad y de forma exitosa (Beltrán, Maquieira, Álvarez y Sánchez 2001)

El feminismo marxista es de las teorías corrientes que más ha trabajado las opresiones de las mujeres dentro de las contradicciones propias del capitalismo, las feministas que trabajan dentro de la tradición marxista tratan de poner al descubierto las bases capitalistas y patriarcales del Estado liberal, así como la opresión inherente a la división sexual del trabajo, además de, como lo manifiesta una pensadora, “las consecuencias de la contribución del trabajo de reproducción y de producción de las mujeres a la subsistencia en el capitalismo”(Dietz 2001, 20).

En el texto *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad*, Dalla Costa (1971) intenta definir y analizar la opresión y explotación de la mujer, situando como categoría de análisis el trabajo doméstico, y la figura de ama de casa como referente del sujeto



femenino oprimido. En el marco de la reflexión marxista la autora intenta entrelazar la lucha feminista con la lucha de clase, para ello expone cómo la opresión y explotación de la mujer se reconfigura en el desarrollo del capitalismo.

Para Dalla Costa, el desarrollo del capitalismo trajo consigo la consolidación de la fábrica, la escuela y la casa como instituciones disciplinarias funcionales al capital, en tanto forman, mantienen y limitan el desarrollo de la clase obrera. La fábrica separa al hombre del hogar y lo sitúa como sujeto productivo, proveedor de condiciones necesarias para que la familia subsista (por la vía del salario); la escuela por su parte, es creada para formar la futura fuerza de trabajo, homogeniza a los niños por medio de estrategias de enseñanza que los disciplina y prepara para su futuro en la fábrica.

Finalmente, la casa queda como el espacio en el que se brindan los cuidados al asalariado para que pueda ser productivo durante el mayor tiempo posible y se brinda lo necesario para la potencial/futura fuerza de trabajo, dichos cuidados son designados a la mujer (único ser no productivo, ni con potencialidad para serlo).

Para Dalla Costa esta es la fundamentación de la exclusión de las mujeres del espacio público y político. Su propuesta invita a redefinir la clase (como categoría central del análisis marxista) y sus reivindicaciones, reconociendo al trabajo doméstico como elemento imprescindible de la opresión y a la mujer como sujeto de clase.

Propone como estrategias:

- Negarse al aislamiento al que ha sido relegada la mujer en el espacio doméstico, reivindicar encuentros de mujeres.



- Defender la colectividad y la experiencia de la rebelión social de las mujeres negada por el capitalismo dado el aislamiento al que fue sometido el trabajo doméstico.
- Romper con la idea de “mujer privatizada” y hacer estallar las contradicciones del capitalismo fuera del hogar.
- Negar la función capitalista del útero, salir de la casa, ampliar la creatividad castrada en la monotonía del trabajo doméstico y con ello la vivencia de la sexualidad femenina.

Dalla Costa hace parte de la corriente crítica del marxismo que reivindica el reconocimiento de las luchas de las mujeres en la lucha de clases como elemento indispensable para abolir la división del trabajo y las opresiones en función de la clase social. Vale recordar que la vertiente marxista del feminismo ha cuestionado incansablemente la indiferencia de los varones, que siendo de la misma clase de la mujer, ignora su opresión y relega sus demandas para el final de la revolución.

Por otro lado, las mujeres afrodescendientes de Estados Unidos nos dieron otra lección. En el texto *El legado de la esclavitud: modelo para una nueva feminidad* Ángela Davis (2004) menciona de manera detallada y estremecedora la igualdad de trato en la que se desarrollaba la vida de las mujeres junto con sus compañeros varones en la época esclavista, así como las violencias de las que eran objeto sin distinción de sexo o la influencia de este contexto en la construcción de feminidades ajenas a los estereotipos de feminidad que describía el feminismo tradicional.

La historia de la mujer esclava en los Estados Unidos, puso en jaque las categorías de análisis del feminismo universalista. Para el feminismo de la diversidad – liderado por



el feminismo negro-, hablar de género y de clase como unidades de análisis de la opresión femenina no es suficiente. Y no lo es porque la feminidad no se construye de la misma manera en todos los contextos, y porque la clase y el género no son suficientes para dar cuenta de un complejo sistema de opresión en el que confluyen clase, raza, género, etnia, y más adelante sexualidad, edad, etc., a lo que se llama como feminismo de la interseccionalidad.<sup>2</sup>

La necesidad de historizar las opresiones marco un hito en el pensamiento feminista. Historizar implica reconocer el lugar desde donde se vive, desde donde se enuncia la experiencia. Autoras como Donna Haraway (1995) lo llaman *conocimiento situado*. Una apuesta epistemológica que rompe la objetividad científica y denuncia la falsa neutralidad del conocimiento, reconoce que el conocimiento no es imparcial y por ende no existen verdades absolutas ni categorías universales. También al interior del movimiento negro existen críticas a los varones que menosprecian e ignoran las demandas de sus compañeras.

Finalmente, el *pensamiento feminista latinoamericano* ha realizado aportes a la lectura interseccional y situada en la región: la raza, la etnia y la sexualidad han ido hallando puntos de encuentro para el análisis de género en nuestros contextos. Esto ha servido para caracterizar la situación de las mujeres latinoamericanas y del caribe en un desarrollo histórico colonial fuertemente marcado por la violencia sobre los cuerpos, la dominación y la explotación al tiempo que ha posibilitado develar la imbricación entre el sistema colonial y el patriarcado y sus efectos en el postcolonialismo.

---

<sup>2</sup> El feminismo Interseccional, fue propuesto por Kimberlé Williams Crenshaw (feminsita negra) para describir la concepción entre las diferentes instituciones opresivas; racismo, sexismo, homofobia, transfobia, capacitismo, xenofobia y clasismo, entre muchas más. (Wade, Urrea y Viviero. 2008, p. 496)





Autoras como Lugones (2008) Mendoza (2014) y Gargallo (2007), resaltan la estrecha relación que existió entre el colonialismo y el patriarcado en una suerte de “pacto social de género” que se realizó entre colonizador/colonizado para ejercer control sobre los cuerpos de las mujeres. En la colonia el hombre oprimido y el colonizador hacen una “transacción”, en ella, el oprimido pacta la subordinación de la mujer (colonizada) con el opresor a fin de conservar “cierto control sobre su sociedad” (Mendoza 2014). Dicho pacto tuvo grandes implicaciones sociopolíticas que persisten en la organización social actual y en él se pueden hallar respuestas a la indiferencia del hombre subordinado por las reivindicaciones de su compañera en la actualidad (Lugones 2008)

En los intentos realizados por poner a dialogar los aportes decoloniales con los feministas, María Galindo (2013) sobresale por su propuesta radical, bastarda y callejera (como ella misma la llama). En su texto *No se puede descolonizar sin despatriarcalizar* propone la conexión imprescindible entre los procesos políticos y académicos de descolonización con los procesos feministas de la región como una apuesta coherente por deconstruir la matriz patriarcal racial que sostiene la herencia colonial. Galindo sostiene que ninguna transformación decolonial debe hacerse al margen de la deconstrucción del orden patriarcal.

En todo caso, los diversos aportes teóricos deben ser aplicados desde una perspectiva interseccional. La apuesta analítica de la interseccionalidad está en cuestionar las categorías de estudio que se han dado por sentadas y dotarlas de sentido analítico según los procesos históricos que atraviesan al sujeto o fenómeno de estudio (Viveros, 2010)

### **1.5. Elementos estructurales y simbólicos que atraviesan el campo político**



Entiendo que el campo de acción política trasciende el campo partidista. Sin embargo, por las características de la presente investigación, me centraré en algunas reflexiones sobre la política partidista o más cercana a los espacios organizativos formales, con cierta estructura organizativa e incluso jerárquica.

Ya sabemos que la participación política de las mujeres ha sido un largo camino de lucha constante. Inició con el derecho al voto y ha avanzado a la disputa de puestos de poder político. Sin embargo, la participación de las mujeres en estos escenarios no ha sido fácil. La igualdad formal plasmada en leyes no se ha materializado en igualdad real por lo que aún dentro de la estructura política han tenido que identificar diferentes niveles de disputa.

“Las luchas feministas por el reconocimiento de los derechos de ciudadanía, por poder participar en el sistema político, han sido de naturaleza política, a través de la crítica que han ejercido sobre el mismo, cuestionándolo y ampliándolo; también por el cambio que han producido en la consideración de la condición de las mujeres y por el potencial transformador que están teniendo en otros niveles de las relaciones de género (mentalidades, símbolos, relaciones personales y vida cotidiana en general)”. (Luna 1994, 37).

La política partidista está relacionada de manera directa con las disputas por el poder estatal. Dicho poder estatal se ha configurado sobre estructuras de poder claramente excluyentes en función del género, la clase y la etnia.

Fraser se han dedicado a analizar al Estado como una institución masculina que reproduce relaciones y condiciones sociales favorables para mantener la superioridad simbólica y material de los varones. La socióloga australiana Raewyn Connell (1997), dedicada al estudio de las masculinidades acota:

“El Estado, por ejemplo, es una institución masculina. Decir esto no significa que las personalidades de los ejecutivos varones de algún modo se filtren y dañen la institución. Es decir, algo mucho más fuerte: que las prácticas organizacionales del Estado están estructuradas en relación al escenario reproductivo. La aplastante mayoría de los cargos de responsabilidad son



ejercidos por hombres porque existe una configuración de género en la contratación y promoción, en la división interna del trabajo y en los sistemas de control, en la formulación de políticas, en las rutinas prácticas, y en las maneras de movilizar el placer y el consentimiento.” (Connell 1997,40)

El argumento de Connell problematiza el campo de la participación de las mujeres en la política formal, partidista. Si el Estado tiene género y hace parte de la estructura que oprime y limita el desarrollo de las mujeres ¿qué alcance tendrán las leyes que promueven la equidad de género? Connell invita a analizar la estructuración generica de las prácticas políticas, esto es, desbiologizar y desnaturalizar aquellos aspectos micro sistémicos que dan cuerpo y sostienen a las estructuras de género.

Vélez (2008) apunta que el problema de la participación real de las mujeres en el ámbito político pasa por entender el proceso de construcción de identidad política femenina en la alteridad se da en un contexto androcéntrico y desigual, bajo un poder patriarcal que produce la hegemonía de lo masculino sobre lo femenino en todas las esferas de la vida social obstaculizando el desarrollo de las mujeres como sujetos.

Sugiere además que para entender la sub-representación de las mujeres en la esfera pública-política no hay que perder de vista que: a) la representación política ha sido un proceso, b) Dicho proceso contiene procesos de exclusión y de auto-exclusión, y, c) la construcción cultural de los géneros ha promovido una identidad y cultura política diferente para ambos sexos, y como resultado los hombres han sumado privilegios y ventajas en comparación con las mujeres.

Sumado a esto, el sociólogo Pierre Bourdieu advierte sobre la urgencia de reconocer los elementos simbólicos que sostienen las relaciones sociales. En su obra *La Dominación Masculina* (Bourdieu 2000) reflexiona de qué manera el respeto por aquel orden



desigual, de privilegios, con sentidos únicos que sostienen relaciones de dominación, se eterniza en el mundo social y todos los seres humanos lo respetan y reproducen.

Para poder entenderlo un poco introduce la noción de *violencia simbólica*. En primer lugar, es necesario entender que el campo de lo simbólico no hace referencia a simples ideas dominantes ni representaciones mentales alejadas del mundo material, ni ideas que fluyen en un mundo social abstracto. Lo simbólico conforma un sistema de estructuras estables y robustas que, gracias a procesos históricos de reproducción han logrado tatuarse en los cuerpos y esquemas de pensamiento de las personas hasta el punto de contar con la participación de los individuos dominados (Bourdieu 2000).

Para Bourdieu la violencia simbólica ejercida sobre las mujeres es el resultado de la construcción de esquemas de percepción dominantes (construidos bajo una visión androcéntrica), que naturalizaron la inferioridad femenina y justificaron la dominación masculina. No es una violencia física, más bien una violencia imperceptible que opera con la venia de dominantes y dominados, gracias a la naturalización de principios que construyen un orden social, siendo conocidos y aceptados por el conjunto de los actores involucrados.

Es producto de un proceso histórico que construyó el carácter relacional de los géneros desde binarios opuestos: alto/bajo, duro/blando, ordenado/invertido, masculino/femenino, y que fueron trasladados al mundo social: activo/pasivo, público/privado, productivo/reproductivo. Esa permanente socialización de lo biológico, y biologización de lo social, posibilita que la violencia simbólica sea ejercida sobre las mujeres de manera imperceptible.



El orden social, como la gran maquinaria simbólica que es, reproduce estos esquemas de percepción del cuerpo y, con ello, justifica la división sexual de las cosas, las actividades y los espacios.

Lamas dice al respecto: “El sujeto es producido por prácticas y representaciones simbólicas dentro de formaciones sociales dadas, pero también por procesos inconscientes vinculados con la vivencia y la simbolización de la diferencia sexual”. (Lamas 2002, 156). Esto supone que no todo lo que constituye al sujeto pasa por la conciencia, sino que buena parte está ligada al inconsciente y al cuerpo, que se convierte en la bisagra que conecta lo social con la psique.

Dado que la hegemonía se construye a través de la violencia simbólica y cognitiva (Bourdieu 2000), requiere de una observación aguda de las prácticas, creencias, discursos, y ocupación de los espacios que establecen hombres y mujeres.

Así, pues, quedan expuestos los elementos analíticos más relevantes para la comprensión de las limitaciones y posibilidades de la participación de las mujeres en el espacio público-político. Reflexión que busca enmarcar la complejidad de las experiencias de las mujeres en medio de las condiciones estructurales y la capacidad de agencia que estas puedan tener. Todos estos insumos teóricos se articulan para producir la caja de herramientas que se utilizará para interpretar de manera concreta el objetivo de la investigación.



## Capítulo II

### Recursos materiales y Simbólicos en la participación política de las mujeres

#### 2.1. Recursos materiales y simbólicos de las mujeres

En febrero de 1997 se promulgó la primera ley de cuotas en Ecuador buscando asegurar la participación de mujeres en los espacios laborales, así como en el escenario político ecuatoriano para ser elegidas y acceder a cargos públicos y políticos. En cuanto a lo laboral, se logró que las mujeres puedan ser contratadas de igual manera que los hombres: mínimo el 20% de mujeres contratadas en cada empresa y el 20% en las listas pluripersonales de elecciones nacionales y seccionales (Zambrano, 2005). En la actualidad las disposiciones jurídicas demandan un 35% de participación femenina.

No obstante, estudios previos sugieren que por sí solas las medidas del ordenamiento jurídico no son suficientes para lograr reconfigurar las dinámicas de la política a favor de la inclusión de las mujeres (Obando Salazar, 2017; Ranaboldo & Solana, 2008; Zambrano, 2005). Es por ello que realizamos tres historias de vida, por medio de entrevistas semiestructuradas, de mujeres que tienen trayectorias en la política cuencana y en el ejercicio de cargos públicos. Esto nos permitirá identificar cuáles son las condiciones de posibilidad para el pleno ejercicio en la vida pública y cuáles han sido los factores materiales y/o simbólicos que han permitido o dificultado el ejercicio de la misma.

Estas entrevistas semiestructuradas tienen como objetivo dar cuenta de la trayectoria política, los capitales y recursos que, de una u otra manera, han jugado un papel importante en la incursión de estas mujeres en la cosa política y, de igual manera, cómo estos capitales son variables según las condiciones de posibilidad y el momento



histórico propio a cada trayectoria. Para ello se toman cinco puntos de referencia que orientarán la investigación con las mujeres que colaboran en el presente estudio.

El primer punto será el *inicio de la trayectoria política* el cual comprende los aspectos tanto familiares como institucionales que influyeron en la participación política de estas mujeres, las motivaciones y los medios personales e institucionales que le llevaron a interesarse por el escenario político. El segundo eje girará en torno al *marco ideológico* que abordará sobre al feminismo como opción política e ideológica; en una tercera instancia, se indagará sobre las *condiciones intra-partidistas* con lo cual sabremos si la experiencia de estas mujeres en los partidos o instituciones, en los cuales han militado o trabajado, se ha visto influenciada o determinada por su género. Seguido a esto, el cuarto eje orientador serán las *Disputas en el marco del enfoque de género*, en el cual se indaga sobre las formas específicas en que estas mujeres han experimentado el género como un factor determinante en su trayectoria política. Por último, se preguntará sobre su experiencia en la *ocupación de cargos públicos o de elección popular* no solo con el fin de saber cuántos cargos han sido ocupados por estas mujeres, sino también con la intención de identificar si hay continuidades en las formas de llegar a estos cargos y en cómo se han podido desarrollar ellas en estas instituciones con sus iguales y con la población que las elige.

La estructura de la entrevista fue desarrollada de forma diversa con cada una de las informantes, respetando su propia dinámica y memoria. Muchos de los datos abordados en el presente capítulo están diseminados en estos 5 ítems. No obstante, los que más dan cuenta de estos capitales, y por tanto los que usaremos en el presente capítulo, son el correspondiente al *inicio de la trayectoria política y marco ideológico*.



Si bien la entrevista es asidero para la plática con las mujeres que colaboran en este estudio, no es una guía estricta para el diálogo, por el contrario, es una guía para indagar sobre aquellos aspectos que no se pueden pasar por alto, pero con mirar siempre y escuchar atenta permitirá saber más sobre ellas e incluso plantear, a la luz de sus opiniones, nuevas interrogantes.

En este capítulo se presentará un perfil de cada una de las mujeres que colaboran en esta investigación. Dado el tamaño de la muestra que se usará es necesario tener en cuenta que los resultados no son extensibles a la totalidad de las mujeres que participan o han intentado participar en la política cuencana. No obstante, se sugiere que las continuidades en estas historias de vida pueden dar cuenta de un panorama general de la diversidad de sentires y pensares, así como también de problemáticas comunes que puede inferirse atraviesan otras mujeres en estos espacios, como de los puntos de encuentro de las mujeres en el escenario político en Cuenca.

Estas historias de vida, tienen como propósito dar, por un lado, cuenta de las estrategias de las cuales éstas mujeres se han valido para acercarse a la política; es decir, de la propia trayectoria para incursionar en el escenario político y, por otro lado, identificar las condiciones y recursos o capitales que hacen posible o no el acceso a este escenario. Por ello, fungen como material analítico primario que permitirá ahondar, en los capítulos posteriores, las interrogantes investigativas propuestas aquí.

En un primer momento se realiza un breve perfil de estas mujeres, su edad y algunos cargos públicos o de elección popular que han ocupado para, en segunda instancia, relacionar sus perfiles en dos campos que se consideran los más pertinentes para dar cuenta de su trayectoria. Estos serán el campo familiar y el campo universitario.





## **2.2. Tres mujeres, tres historias, múltiples caminos.**

Andrea Elizabeth Rivera Villavicencio es una mujer de 39 años de edad quien al momento de nuestro diálogo realizaba su campaña política a la candidatura a concejala en el distrito sur del cantón Cuenca encabezando una lista de cinco candidatos por la Alianza Unidad por el Cambio (2-12 Unidad Popular e Izquierda Democrática). Andrea cursó estudios universitarios y tuvo la posibilidad de trabajar en una empresa eléctrica mientras estudiaba, más adelante veremos cómo esto influyó en su trayectoria. Andrea fue lideresa estudiantil, ha participado en el CONAM (Consejo Nacional de las Mujeres), fue presidenta de su barrio, y fue concejera del Consejo de Participación Ciudadana y Control Social.

María José Machado Arévalo, también conocida como Pepita, es una mujer de 32 años, es graduada de jurisprudencia y magister en derecho de la Universidad Andina Simón Bolívar. Actualmente es secretaria ejecutiva del Consejo de Protección de Derechos de Cuenca. Fue parte del Consejo Directivo de la Universidad de Cuenca y militante del partido político Ruptura. Se desempeñó como abogada lo cual le permitió confrontar no solo el escenario político sino también el campo laboral con una perspectiva de género.

María Cecilia Alvarado, quien en sus palabras, es conocida como “Chechi”, es una mujer de 40 años de edad. Chechi cuenta con una amplia trayectoria de servicio a la comunidad y desempeño en cargos públicos ya que empezó a una muy temprana edad. Desde su infancia se desarrolló en espacios como el servicio pastoral y voluntariados sociales. A los 14 años hace voluntariado en el Tadeo Torres. Posteriormente es vicepresidenta del consejo estudiantil en su colegio y en la Universidad Del Azuay fue presidenta de la Federación de Estudiantes (UDAFE) acaba de culminar su periodo



como vice prefecta y, fue candidata a la prefectura del Azuay donde obtuvo el segundo lugar.

Siguiendo la teoría de los campos Bourdieu se entenderá la política en Cuenca como parte del *campo político*, es decir, un espacio social en el cual se dan relaciones de poder entre los agentes que interactúan en él. Dichas relaciones están determinadas en todo caso por la posesión de un determinado *capital político, emocional, familiar* o un conjunto de capitales que aseguran una posición a sus integrantes; dichos capitales sólo son posibles, para nuestro estudio, gracias a una serie de estrategias de producción y reproducción de los mismos. (Bourdieu, 2002)

“La relación entre trabajo y acumulación de capital político, dentro de ese campo, obliga a ver una dinámica procesual de la contienda política. Tanto en sus facetas sincrónicas (qué posición ocupa el político en una red de relaciones en un espacio social e históricamente determinado) como en sus facetas diacrónicas (de dónde viene y hacia dónde va la trayectoria de un político). El peso político de un agente (el cúmulo de sus capitales) lo sitúa en un espacio de poder y lo proyecta en potencia hacia una carrera (ascendente, descendente o de otro tipo) no exenta de ponderaciones situacionales y coyunturales.” (Hurtado Arroba, Paladino, & Vommaro, 2018, 16).

Es por lo anterior que se tendrá como categorías de análisis los tipos de capitales o recursos adquiridos en el campo universitario y en el campo familiar. Por un lado, siendo la reproducción una de las estrategias de obtención de capital más utilizada en el campo político, se tomará como punto de análisis el *campo familiar*, es decir, la transferencia por línea de consanguinidad o apellido de un cierto poder o estatus que se hereda y casi que de manera implícita asegura un espacio social determinado dentro del campo. Otra estrategia que predomina en la consecución de capitales políticos dentro de la trayectoria de estas mujeres serán los capitales obtenidos en el *campo universitario*, que se expresan no solo en los estudios que se realizan en instituciones universitarias sino también en su capacidad de iniciar una “carrera política” en organizaciones de



carácter estudiantil (Hurtado Arroba et al., 2018). Estos capitales son traducibles tanto en capitales sociales como políticos.

Diferentes corrientes políticas e intelectuales, como la marxista en la obra de Engels: “El Origen de la Familia, la Propiedad Privada y el Estado”, reconocen en la familia el núcleo primigenio de reproducción de la fuerza de trabajo, de saberes y conocimientos culturales. Más allá de reconocer a la familia como el núcleo fundamental de la sociedad se reconocerá que es la familia el primer espacio socializador y de traspaso de saberes y costumbres; estamos hablando en un sentido más amplio de traspaso de un *habitus*. La categoría de *habitus* será importante para este análisis ya que como señala Joignant

“El *habitus* se presenta como una matriz de comportamiento, o, mejor dicho, como un principio cognitivo socialmente constituido que opera en dos direcciones de la práctica, en este caso del político profesional: por una parte, el *habitus* es un principio estructurado, es decir, un conjunto de aprendizajes que fueron internalizados por el agente y ordenados en la forma de un esquema (*schème*) organizador de sus prácticas, que es lo que le confiere coherencia a la actividad perceptiva del individuo; y por otra un principio estructurante que se manifiesta en modalidades también coherentes de apropiación del mundo político y sus objetos.” (Joignant 2012, 594)

Por esta misma razón seguidamente se analizará el campo universitario, dado que es la universidad un espacio en el cual mediante la educación y el contacto con la universalidad de conocimientos y experiencias se configuran nuevas formas de pensar el mundo, es decir esquemas perceptivos, y cuestiona los conocimientos preconcebidos. En la mayoría de los casos, a la vez funge las veces de plataforma política donde se aprenden formas de conducirse y organizar las prácticas en el campo político.

### **2.3. Campo socio-familiar**



Para empezar, es necesario precisar lo que se entenderá como capitales del campo familiar, es decir:

“acumulación y transmisión del capital que aluden las situaciones de herencia de apellidos de alto prestigio político en un partido, grupo de partidos o en todo un país (las dinastías políticas familiares), pero también los casos de transferencia de redes sociales y políticas entre padres e hijos o al interior de la familia extendida —lo que Bourdieu llamaba “capital social” (Joignant 2012, 601).

Además de esto, dentro de los capitales adquiridos en el campo familiar se incluirá las experiencias y conocimientos que han sido posibles gracias a los lazos sanguíneos, el capital incorporado mediante la experiencia, trabajos, educación, etc., que se han obtenido mediante los lazos familiares.

Este apoyo se expresa no sólo de manera material sino también simbólicamente, en muchos casos puede ser emocionalmente. Cuando preguntamos, por ejemplo, a Andrea Rivera sobre la influencia que tuvo su familia en su incursión en la política, señala que su mamá fue una influencia importante. Si bien en un primer momento no nos da detalles de esto, más adelante veremos que en el caso de Andrea Rivera existe una suerte de capital heredado, pero no a manera de lo que se denomina una “dinastía política”. Hay un legado familiar que gira entorno a la política pero que su *habitus* no expresa o reconoce ya que ha atravesado un proceso de naturalización de este capital.

Andrea manifiesta:

“Mi familia, mi mamá, mi papá me han apoyado siempre (...) mi mamá desde niña ha sido importante en mí para generar una conciencia sobre las luchas sociales, yo escucho todavía mucha gente que todavía dice por ejemplo cuando había paro de maestros, como algo que perjudica la sociedad, pero no ven lo que está detrás, entonces mi mamá siempre me mostró ese lado y me decía si pasa algo así es porque los maestros son maltratados, porque no les pagan los sueldos, porque hay una injusticia con ellos y por eso ellos están luchando y si paran la educación es para ser escuchados y eso solo como un ejemplo. Igual alguna vez cuando yo me matriculé en la universidad, la FEUE de ese entonces se tomó la



universidad contra la matrícula diferenciada y entonces mi mamá me decía que le daba pena que nos vayamos a matricular cuando la presidenta de la FEUE de ese entonces (María Augusta Cárdenas) estaba tomada la universidad. Ella siempre generó en mí esa conciencia y el tema de mirar las injusticias y ver el maltrato del gobierno a esos sectores. Entonces creo que mi mamá ha sido importante en eso y siempre me ha apoyado y siempre me han apoyado para que yo participe, para que yo sea candidata, en algún momento que yo fui autoridad en el consejo de participación siempre he tenido el apoyo de mi mamá, de mi papá, de mis hermanos, de mi familia, de mis tíos, de mis abuelitos, de mis primos y bueno yo no tengo esposo e hijos y entonces, bueno, no hablo de eso” (Entrevista Andrea Rivera, 2018).

Cuando Andrea dice que su mamá “siempre generó en mí esa conciencia” alude a la transferencia de una forma inmaterial de capital emocional y afectivo. Una cierta aceptación y simpatía por las manifestaciones sociales y la necesidad de llevar a la praxis social y política las inconformidades con sus condiciones materiales de existencia y a su vez un habitus político. Esto se da por medio de la reproducción de unos ciertos valores o costumbres de clase media. Esto es importante dado que la consolidación de una matriz perceptiva y de acción políticas no se construye únicamente mediante la formación en los escenarios de la política partidista.

Partiendo de la premisa feminista de que lo personal es político, es en los micro espacios de la cotidianidad donde se empieza a interiorizar y consolidar el habitus político.

En este mismo sentido, Cecilia Alvarado cuenta como su papá le inculcó una serie de valores que ella ha reconvertido al accionar político y posteriormente al feminismo que, en el mismo sentido de Andrea fue un capital simbólico del *deber ser* adaptado al *deber ser* político

“Yo siempre me he sentido super woman (super mujer), yo soy una mujer que cree y que mi papá me hizo siempre una niña que como él decía “eres grande y fuerte y tú no debes tener miedo a nada”. Claro, mi papá se refería al miedo físico que pudiese tener a alguna cosa pero a lo mejor sin pensarlo me inculcó el vencer el miedo a todo, no solo a la oscuridad, a la noche o al ladrón. No, me



enseñó y desde su forma no, desde su realidad mi papá me empoderó mucho en el sentido de decir eres una mujer grande y fuerte siempre me decía eso. Me decía no tienes que tener miedo porque eres grande y fuerte, incluso él utilizaba una palabra y decía “tú con un tingetaso le haces sentar a cualquiera”. Y entonces, desde esa cosa puesta desde niña de decir eres grande y fuerte y si es que quieres y trabajas puedes, siempre lo vas a poder, en cada espacio en el que he participado metiéndome de lleno, apasionada como soy” (Entrevista Cecilia Alvarado, 2018).

No va a ser sino mucho después, al preguntar por su motivación para iniciar una vida política, que Andrea comenta el trabajo de su madre y como esta le permitió no solo generar una conciencia de clase sino también una conciencia feminista mediante el contacto con el escenario laboral y político de atención a las mujeres víctimas de violencia basada en género.

“Mi madre ha estado muy cerca con el trabajo de atender a mujeres víctimas de violencia. Ella trabajó en la Corporación Mujer a Mujer y luego ha sido muchos años directora de la Casa De Acogida María Amor y yo también a través he podido ver muy cerca esta realidad de mujeres que denuncian y necesitan apoyo psicológico, legal e incluso de acogida y conocer de cerca la vida de esas mujeres. Mi tesis de tercer nivel la hice en la Casa De Acogida María Amor, evidenciando las situaciones de violencia de las mujeres y, luego, mi tesis de la maestría también la hice en la casa de acogida María Amor y en esas investigaciones yo pude acercarme mucho a historias de vida de mujeres y conocer en realidad de cerca lo que hace el patriarcado, el machismo y las necesidades que tenemos las mujeres, Todo eso me ha motivado a ser feminista” (Entrevista Andrea Rivera, 2018).

Si bien es deber de la investigadora prestar atención a lo que sus colaboradoras dicen, también lo es estar atenta a lo que se omite, se calla. En este caso Andrea no había mencionado el trabajo de su madre y la importancia que tuvo está en su formación política y académica.

Y es que, aunque pueda parecer que quiso omitir este importante dato, puede ser que sin intención y dado el nivel de interiorización del rol que tiene su mamá en el escenario feminista y de trabajo con mujeres, no haya considerado necesario mencionarlo. Esto



nos habla de un habitus, una serie de conductas y experiencias incorporadas que ella misma ha naturalizado pero que orientan su praxis social y política y que incluso es determinante a la hora de obtener un empleo y, más específicamente, el tipo de empleo que se puede obtener luego de incorporar estos saberes a su trayectoria.

Prueba de esto es que tanto su tesis de tercer nivel como de maestría estuvieron basadas en la Casa de Acogida María Amor, institución donde su madre fungía como directora. Si bien en un primer momento hablamos de un capital simbólico como el apoyo que recibió de su familia, en este caso el capital familiar se traduce como capital material.

La casa de Acogida María Amor es la única casa de acogida de Cuenca. La mamá de Andrea al ser su directora, no solo representa un puente entre Andrea y la posibilidad de conocer mediante la experiencia la realidad de la violencia basada en género que sufren las mujeres que allí llegan. El ocupar un cargo directivo de tanta importancia y ser un referente en la ciudad por su trabajo con mujeres aseguró que tuviera un amplio capital social tanto con instituciones estatales o de carácter público, así como con agencias no gubernamentales y activistas.

Si bien Andrea no da mayor importancia a esto, al momento de incursionar en campo político pudo representar una ventaja, ya que estos capitales sociales pudieron ser transmitidos con anterioridad o en el transcurso de su militancia, asegurando así una reproducción efectiva de este capital y la posibilidad de generar otros capitales sociales sobre esta base.

Respecto a esto María José Machado tuvo una experiencia diferente, recibió de sus padres lo que se puede llamar una *formación en pensamiento crítico*, que no tiene sustento en una experiencia en el campo político ni en la militancia sino, más bien, en la



afinidad política por los partidos políticos de izquierda e incluso por una conciencia de clase. Al respecto, María José menciona:

“(…) quizás en mi familia ampliada ha habido personas con inquietudes políticas, tíos sobre todo más que familiares mujeres, tíos míos, de un lado y del otro tenían vínculos con la izquierda, tíos, pero poco lejano a mi realidad, mi papá era simpatizante de la Izquierda Democrática y de Rodrigo Borja. Pero mi papá no fue un militante y mi mamá menos, porque mi mamá nos tuvo a sus tres hijas muy jovencita pasó toda la universidad embarazada, y sobrecargada de trabajos de cuidado. Trabajó también fuera de la casa y era estudiante de derecho, pues es esa generación de mujeres, que es como la generación bisagra, porque no se quedaron en las casas, salieron a trabajar pero estaban oprimidas por una doble jornada laboral, incluso triple diría yo porque a eso se sumaba que tenía mucha presión de mi abuelita para que termine los estudios” (Entrevista María José, 2018).

En este caso el núcleo familiar no tiene relaciones ni experiencias explícitas con la política partidista. No obstante, otros son los capitales que se adquieren en este caso. Si la familia es el primer espacio socializador tiene un potencial enorme en la construcción de la subjetividad política, los espacios de transmisión y lectura de las realidades políticas, las discusiones en la mesa o durante la emisión de noticias son espacios que sirven para construir una perspectiva frente a la política no solo partidista sino en el sentido amplio de la palabra, la vida pública.

Este tipo de capital incorporado no se transforma en capital material o social. Por el contrario, la oralidad es el fundamento de este tipo de transmisión y opera en un nivel simbólico. Es por ello que su mayor influencia va a ser a nivel de la subjetivación y la construcción de un pensamiento crítico cuyo asidero es la cotidianidad, las reuniones familiares, las cenas u otros espacio no formales o estrictamente políticos pero no partidistas.

Pero María José pone en evidencia algo más. Es precisamente el hecho de que la no maternidad parece ser una condición de posibilidad y casi obligatoriedad para un





ejercicio pleno del trabajo político. Su mamá no podía militar dado que tenía tres hijas y sus condiciones económicas no le permitían dedicarse al trabajo político que en el escenario estudiantil generalmente no es remunerado. De igual manera, Andrea Rivera menciona que gracias a que no fue madre durante la universidad pudo militar y empezar una trayectoria política, a diferencia de muchas compañeras suyas. Y es que como señala Silvia Federici (refiriéndose al trabajo de cuidado del hogar y la familia) “si este trabajo, en vez de basarse en el amor y el cuidado, hubiera proporcionado una remuneración económica a nuestras madres (...) Nuestras madres habrían tenido más tiempo y energías para rebelarse contra ese trabajo y nosotras estaríamos en un estadio más avanzado de esta lucha” (Federici, 2013, 37)

María José habla de una triple opresión que impidió, en el caso de su madre, la participación política. No obstante, esto plantea un reto y una encrucijada ampliamente estudiada por el feminismo postcolonial en tanto nos interpela sobre el papel de las mujeres como grupo subalterno y su posibilidad de enunciación frente a su propia situación de oprimidas (Mohanty 2008; Segato 2000). Si bien la condición de subalternidad sirve como lugar de enunciación, es esta misma posición la que imposibilita tomarse los medios necesarios para ser escuchadas. .

Sin embargo, más adelante la misma María José plantea una hipótesis para esto y es que la maternidad no es el problema, El problema específicamente es la división sexual del trabajo en una sociedad patriarcal y, por ende, en un campo político patriarcal. Frente a esto María José nos dice:

“los horarios de la política no están conciliados con los horarios de la vida (...) es muy difícil para las mujeres conciliar nuestras labores de cuidado el rol que socialmente se nos asigna con la actividad política , en la política muchas decisiones se toman fuera de horario de oficina, en *chupes* en farras, de los que muchas veces las mujeres no formamos parte por nuestras labores de cuidado o



por nuestra atribuida indefensión que hace que nos vayamos más pronto a la casa” (Entrevista María José, 2018).

El hecho de que la madre de María José fuera madre a temprana edad, seguramente modificó su habitus y este fue transmitido a sus hijas bajo la premisa de que la maternidad a temprana edad restringe algunos espacios como la política. Si bien no es una transmisión explícita de un capital, es algo que indudablemente María José incorporó a su habitus.

Es por ello que la militancia y trabajo político requieren de un enfoque que, como señala Joan Scott, tome el género como una categoría útil, y no solo útil sino obligatoria, para este tipo de análisis (Scott, 2017). Pero se debe ir más allá. La participación política está enmarcada en un juego de factores como raza, género, pero también económicos y de clase. Lo cual queda constatado más adelante cuando María José señala que sus padres no pudieron militar ni incursionar en el campo político dado que estaban “muy ocupados en sobrevivir”.

“yo creo que, en ese escenario con padres muy jóvenes, en situación en algún momento incluso de estreches económica. Para ellos lo de la militancia política no fue una opción, porque ellos estaban muy jovencitos con nosotras y más bien eran tratando de sacarnos adelante, en esa época incluso cuando mis padres recién se casan antes de que yo nazca era de época de represión a la izquierda con el gobierno de León Febres Cordero, la época de Alfaro Vive Carajo, pero mis padres estaban un poco ajenos a esa realidad, porque estaban muy ocupados en sobrevivir (...)” (Entrevista María José, 2018)

Caso bien diferente es el de María Cecilia Alvarado, quien en su núcleo familiar no contaba con familiares políticos e incluso asegura que su mamá odiaba la política, ya que tuvo que dedicarse al cuidado de sus hijas, del hogar y a su trabajo remunerado, evidenciando su doble jornada, y su padre si bien no militaba en la izquierda, tenía un pensamiento político que se acercaba mucho a esta. Chechi nos cuenta,



“Si creo que me incentive solita (...) vengo de una familia en donde mi padre que es el político, es un político de izquierda. Nunca ha sido político electoral pero es muy interesado en los temas públicos (..) mi mama odiaba la política, odia la política, pero siempre me ha apoyado en todas las decisiones que he tomado, la vena política, ese bichito político de sangre deviene por mi familia paterna, mi tío abuelo que llego a ser alcalde de Cañar, gobernador en Cañar, y mi abuelo que fue gobernador en Cañar en algún momento hace tantos años. Tal vez por ahí nos viene esa vena política. pero decir que alguien nos y digo nos hablando de mi hermano y de mí, que alguien nos haya dicho tienes que meterte en un partido político, vaya mijita usted que sea concejala no, creo que era un tema que surgía de decir quiero meterme, y ventajosamente tenía el apoyo de mis papas, de mis hermanos que en medio de todo decían “dale ya ahí te apoyamos.”

Queda constatado que en este caso no hay una línea de descendencia política o incluso una cercanía explícita a la política por parte de sus padres, sino que es un camino que se ha forjado por iniciativa propia. Cabe resaltar que su padre fue profesor en la misma universidad donde estudió ella, con lo cual se puede pensar que esto pudo tener influencia en su elección vocacional, en la forma en que estructuraba su pensamiento, es decir de una manera crítica y con algún fundamento teórico, y de igual manera en la forma en que sus compañeros y compañeras de estudio se relacionaban con ella.

Así como Bourdieu hablaba de una “buena voluntad cultural” refiriéndose a las acciones emprendidas por un individuo o conjunto de individuos cuyo esencia es bajo respecto a otro para igualar o emprender una carrera para producir nuevos capitales, se propondrá la categoría de *buena voluntad política* para nombrar al conjunto de estrategias que, como en el caso de Cecilia, buscan incrementar los capitales que no son propios de su habitus.

Esto partiendo del comparativo entre, por ejemplo, Andrea Rivera a quien su madre la alentaba a incursionar tanto en la política activista como a ser activista y respetar la práctica política; y, Cecilia Alvarado, cuya madre odiaba la política y por lo tanto no recibió este tipo de transmisión de capitales simbólicos.



La adquisición de capitales puede ser en formas tan diversas como la naturaleza de los mismos. Si bien Cecilia Alvarado no contó con este tipo de transmisión en su familia, experimentó la posibilidad de vivir su infancia en las décadas de 1970 y 1980 en una zona de la ciudad que le permitió estar en contacto con la actividad política en las calles:

“yo vivía en el centro de la ciudad cuando niña prácticamente hasta acabar la escuela yo vivía en la calle Luis Cordero (de la ciudad de Cuenca) a dos cuadras del parque Calderón, y entonces era común las huelgas, las manifestaciones estudiantiles, me acuerdo que sabíamos muchas arengas de las huelgas quizás por eso me encanta gritar en las marchas teníamos muchas arengas de las huelgas éramos con mis hermanos como se diría mal hablados porque aprendíamos lo que se gritaba en la calle y esa era la historia del país, era una historia de desencantos, normal que los chicos estuvieran dos meses sin clases, que en el hospital nunca hubiera nada no” (Entrevista Cecilia Alvarado, 2018).

Claro está que este tipo de capital en términos prácticos puede no resultar igual de eficiente al momento de buscarse un espacio en la estructura del campo político, lo que no significa que pueda llegar a ser igual de significativa en la incorporación del habitus político, incluso de modo performativo durante las marchas.

Como señala Joignant “los capitales de origen pueden ser pensados como capitales de despegue de carreras partidarias, parlamentarias o gubernamentales, y pueden combinarse con otras especies de capital en el transcurso de cada trayectoria individual, que podrá ser acelerada o frenada, dependiendo del nivel de diplomas (capital cultural), de la clase social y del sexo del agente.” (Joignant 2012, 609).

Es por ello que los capitales por si solos no son determinantes; son las rupturas en las historias de vida aunadas a las coyunturas y el juego que cada actor hace con estos capitales lo que determina el camino de la trayectoria. Bien se posean determinados capitales en diferentes proporciones, es la capacidad de ponerlos en juego lo que ha permitido que Andrea Rivera pudiera entrar en el campo de la política partidista, ya que si bien no reconoce en un primer momento la influencia de su madre quien ocupa



un importante papel en las organizaciones de mujeres en Cuenca y tampoco perteneció a una dinastía política, indudablemente tuvo la posibilidad de acercarse a redes sociales que facilitaron en determinado momento su paso al campo político en mayor y o menor medida, así como a establecer una matriz analítica en base a su experiencia y a la de su madre.

Contrario a esto, María José Machado no contó con un núcleo con un extenso capital ni el en tema de género ni en el campo político. Aun cuando su padre era docente universitario nunca mencionó que esto fuera determinante (no diciendo con esto que no fuese influyente en menor grado) ni que le representara algún tipo de beneficio en su trayectoria. En este caso las condiciones materiales de existencia se vieron atravesadas por una conciencia de clase, asumiendo el intereses y derechos de una clase social, que se materializó mediante su praxis en el campo político partidista, resultando esto en un capital incorporado de carácter cultural que le permitió, junto con su posición de estudiante, incursionar en el campo político. Sin olvidar que su familia más lejana si tuvo vínculos con este campo.

Para Cecilia Alvarado fue muy diferente. Ella misma dice “creo que me incentive solita” y no reconoce ningún capital fuerte en su núcleo familiar (pero si en su familia por extensión como se verá más adelante). Se puede creer que el capital más importante quizá fue el adquirido en los espacios cotidianos de la familia, no solo en una forma de comportarse sino en la matriz valorativa o pensamiento crítico determinados que orientaron su praxis política.

Se ha visto como el campo familiar más cercano juega un papel determinante en la producción y reproducción del capital político. Pero este campo familiar no se reduce solo al núcleo familiar. Por extensión, este tiende a reproducir otras redes sociales en



benéfico de determinado fin y pueden ser usadas en diferentes coyunturas según la coyuntura y la valoración de cada actor político.

Muestra de esto es que muchos capitales que las colaboradoras en este estudio aseguran que son importantes se salen de este núcleo familiar pero aun así toman relevancia al momento de dar cuenta de su trayectoria política. Ejemplo de ello y de una buena voluntad política es el caso de María José Machado quien dice:

“yo venía de una familia que no era una familia política, pero en mi entorno más cercano mi mamá muy amiga de Nidia Pesantez, de Irene Pesantez, de Sandra López de muchas mujeres feministas digamos, no diríamos de las primeras feministas, pero de las generaciones feministas de los 90', crearon GAMMA (Grupo de Apoyo al Movimiento de Mujeres del Azuay), Sendas, (Fundación que trabajo por la equidad social y de género) instancias que se mantienen hasta ahora entonces siempre de algún modo estuve relacionada con el feminismo.”

Queda evidenciado que estos capitales no están en relación directa con María José en tanto no hace referencia a su experiencia directa de trato o aprendizaje con estas mujeres, la relación que ella misma establece es en referencia a su madre. No obstante, el conocimiento a temprana edad de estas mujeres y de la actividad social, política y feminista que ellas realizaban implicó, en alguna medida, un punto de ruptura para María José que actualmente considera importante y parte de su trayectoria. Ocurre lo mismo con tíos en segundo grado o parientes lejanos que han participado en política y que ella considera capitales importantes en su trayectoria.

Si bien ninguna de estas mujeres pertenece a una dinastía política, sus familiares en segundo y tercer grado fueron importantes referentes en determinados momentos de su trayectoria, como ellas lo evidencian.

Ahora bien, una vez analizado el capital político derivado del campo familiar se procederá a dar cuenta del campo universitario con sus capitales y en sus diferentes



estados con el fin de incrementar el perfil de las condiciones de posibilidad de estas mujeres.

### **2.4. Capital universitario**

Las instituciones universitarias a lo largo de la historia, no solo de Ecuador, sino de los países de la región y muchos a nivel mundial, no se han consolidado como centros de pensamiento crítico y de organización y lucha política. Esta tradición de larga data permite pensar que, así como en el campo familiar se crean dinastías políticas mediante el apellido como Cabrera, Carrasco, Cordero, en el campo político universitario se crean dinastías cuyo apellido será propiamente el nombre de determinada organización y el acumulado histórico de la misma.

Como señala Joignant “el reconocimiento de este recurso (el activismo, la dirigencia estudiantil, etc.) no puede ser muy tardío, ya que su valor radica precisamente en formas tempranas de inversión y uso por parte del agente, lo que supone que éste sea percibido tempranamente como pertinente por la organización partidaria desde la cual se puede acceder al campo político. El tipo de agente que es portador de este capital será simplemente llamado dirigente estudiantil.” (Joignant 2012, 608).

No obstante, los capitales adquiridos en el campo universitario no son únicamente un apellido político que se adquiere con la militancia. La militancia es el puente que ayuda a incorporar otros capitales mediante las experiencias a las que acerca a quienes deciden militar como los escenarios de formación, el conocimiento de iguales políticos, la formación en habilidades sociales como la toma de la palabra y la hexis corporal.

La militancia es una de las condiciones de posibilidad para adquirir estos atributos necesarios para incursionar en el campo político partidista y son las organizaciones



políticas universitarias quienes facilitan, en la mayoría de los casos, esta experiencia. No obstante, esta no es una regla general, sino diferencias en las historias de vida como lo veremos más adelante el caso María José Machado. En ninguno de los casos se encuentran en “estado puro”, es clave *entenderlos dentro de un juego de conversión y reconversión de capitales* donde es posible acentuar o atenuar unos u otros en función de una coyuntura o dinámica propia de determinado campo o agente.

Ejemplo de esto es el caso de Andrea Rivera quien gracias a su capital familiar estuvo en contacto con las organizaciones feministas de carácter político y social y, posteriormente, cuando ingresó a la universidad, continuó con una carrera política como dirigente estudiantil y asegura que siempre ha estado en contacto con organizaciones de mujeres y por esa razón para ella es casi natural que en la universidad militara en organizaciones con orientación feminista.

“yo empecé en el movimiento estudiantil universitario y, estando allí en la universidad me vincule al movimiento de mujeres, y en el movimiento de mujeres he permanecido todo el tiempo, no me he alejado, tal vez en un momento más activa dirigiendo organizaciones o de diferentes maneras, pero dentro del movimiento de mujeres me he mantenido y también muy cerca de las organizaciones sociales e permanecido en relación con el movimiento estudiantil, organizaciones de maestros, trabajadores, sindicatos, organizaciones barriales e incluso en algún momento fui presidenta de mi barrio aquí, también, con movimiento políticos, pero creo que he permanecido cerca (desde) el inicio de movimientos sociales, populares, de los gremios y siempre del movimiento de mujeres.” (Entrevista Andrea Rivera, 2018).

Lejos de ser algo aparentemente natural, la decisión de Andrea de entrar en la militancia, pudo ser incentivada por su experiencia de lenguajes y conocimientos adquiridos en la casa de Acogida María Amor y en la relación con personas cercanas al trabajo con mujeres o, como ella dice, “desde el principio” ha estado en contacto con estas organizaciones desde una postura de género.





El tener a su madre como referente, siendo ella una figura pública, hace para Andrea más fácil visualizar los campos posibles de acción en ese medio y los actores en juego dentro del mismo. No obstante, cuando conoció a Natasha Rojas, quien era presidenta de la Federación de Estudiantes, fue cuando encontró un referente para entender la dinámica machista del campo político estudiantil y decidió ser una mujer dirigente, activista y una figura importante en este campo.

En el caso de Cecilia Alvarado, se puede dar cuenta sobre su paso como presidenta de la Federación de Estudiantes Universitarios, cuando dijo “yo empecé haciendo política universitaria digámoslo así, acolitando a panas en eso, empecé en la Ruptura de los 25”. En este caso, no hace mayor referencia al movimiento estudiantil sino a su ingreso en Ruptura. Es quizá en este movimiento y no en el campo universitario donde Cecilia encontró un escenario propicio o deseable para empezar su actividad política. Lo anterior plantea la inquietud sobre si el campo universitario es necesario para la incorporación de los capitales que se adquieren en la mayoría de las veces en las organizaciones universitarias.

Así pues, las formas de llegar a este capital son variadas, desde el interés propio por determinada problemática hasta la participación en eventos políticos, son medios idóneos para la consecución del capital universitario. Este capital se expresa también mediante la adquisición de conocimientos académicos y los resultados emitidos por las universidades, es decir, las calificaciones.

Es este al caso de María José Machado quien de hecho tenía cierta reticencia por las organizaciones estudiantiles:

“Yo no me metí nunca en política. En la universidad tuve muchas invitaciones para formar parte de movimientos universitarios (...) yo no tuve ninguna afinidad con ningún movimiento; y no me hice del MIU (...) porque mi hermana



estuvo en el MIU, mi hermana mayor que estudió Psicología y me dijo: no, no, no ... son unos patanes, no te hagas de ese grupo que es terrible, porque mi ñaña llegó a ser presidenta o vice presidenta de la Asociación de Escuela de Psicología (ASO) con el MIU y tuvo muchos problemas.” (Entrevista María José, 2018).

Pero fue gracias a su rendimiento académico que se empezó a aproximar a los escenarios de cargos públicos, en este caso ya no era el capital social el que la llevaba a la militancia, sino el desempeño académico, la vía de la meritocracia:

“Cuando estaba en quinto año se me acercó Cristina Piedra me dijo que como yo era una estudiante con buenas notas, tuve todos los años de mi carrera universitaria el mejor promedio del curso, entonces y como Jorge Morales sabía publicar las notas de los estudiantes aprovechados, tenía cierto reconocimiento, cierto prestigio en la facultad. Entonces me dijo que los candidatos del concejo directivo en una alianza con la unión universitaria con refundación universitaria (ambos movimientos estudiantiles universitarios); es decir contra el MIU... (risas), entonces ganamos en primera vuelta es inédito porque se requiere una mayoría calificada para el consejo directivo, no es como los gremios estudiantiles que tienen otras normas, sino ya es una cosa mucho más complicada entonces ganamos en primera vuelta, ese fue mi primer acercamiento con la política” (Entrevista María José, 2018).

Esta reconversión de capitales opera en diferentes sentidos. Si bien su rendimiento académico fue la puerta de entrada posteriormente va a representarle otro tipo de capital. Cabe aclarar que esta experiencia no implica necesariamente la incorporación de los mismos capitales. Aun cuando es válida como experiencia y es un capital valioso no implica la adquisición de capitales sociales dentro del campo político, tampoco la posibilidad de acceder a espacios de formación ni de desarrollar debates de tipo político, análisis de coyunturas u otros que si posibilita el entorno organizacional partidario y universitario.

Esto queda comprobado cuando más adelante tiene la posibilidad de poner otras matrices de análisis a sus inconformidades sociales y poner en otros términos su experiencia:



“Me dieron una beca en la Universidad Andina Simón Bolívar para estudiar una maestría en Derecho Constitucional. Para entonces me fui a vivir un año en Quito a veces tenía sesiones venía a Cuenca, pero estuve viviendo en Quito ese año, y en la Universidad Andina y aquí todo cobra sentido esta larga historia: tomé una materia que se llamaba Género y Derechos Humanos, y mi profesora la Doctora Judith Salgado era una erudita y una gran persona. Nunca nos explicó que es el feminismo, sino que nos dio unas lecturas y una facilitación excelente, ósea nos hizo leer a Alda Facio, a feministas islámicas a Gabriela Castellanos, ósea una serie de trabajos sobre el Derecho visto de la perspectiva feminista, yo recuerdo que ahí nos hizo leer un artículo creo que se llamaba el sexo del derecho de Fraser Olsen, y ahí yo empiezo a leer todas estas cosas y se me empieza como a abrir la cabeza y a darme cuenta de todo” (Entrevista María José, 2018).

La academia le permitió en este caso entender la política ligada al accionar feminista. Si bien había participado y se había interesado por asuntos de género, la teorización de las formas de violencia, discriminación y segregación que había experimentado le permitieron pasar por un proceso racional que ella llama “ponerse las gafas violetas”.

Aun y cuando está ha sido una forma diferente de iniciar en el campo político existen algunas reglas generales propias de cada campo. El campo político al igual que todos es un campo relacional y no es posible hacerse a un lugar en la jerarquía del mismo sin acumular un capital social fuerte (Bourdieu, 1979). En el caso de María José, este capital fue su pareja quien estaba vinculado al movimiento Ruptura y la invitó a participar de algunas reuniones lo que posteriormente concluiría en su militancia en ese partido.

“Con el Diego nos metimos en Ruptura pero yo me fui solo para acompañarle a él en realidad, era un grupo súper cerrado de amigos así me empecé a ir a la reunión y pasamos un largo tiempo, en que de algún modo nosotros no, estábamos como a prueba y ya, entonces paso un buen tiempo y después ya nos integraron (...) en el año 2009 yo ya graduada, no, antes de graduarme ellos me piden que presente mi carpeta para ser candidata a concejal suplente de Fernando Moreno porque en esa época Ruptura estaba con Alianza País, entonces yo presento mi carpeta porque le propusimos una terna era con una compañera la Diana Astudillo que es comunicadora, otra era mi hermana que era Psicóloga, gente ya graduada con experiencia yo que era estudiante de Derecho y el Fernando Moreno había dicho no pues la que estudia derecho para que me



dé una mano, porque estos son temas legales, entonces ya fui como un primer impacto fuerte cuando supe que iba a ser candidata suplente de un séptimo, pero me daba un montón de miedo” (Entrevista María José, 2018).

Existen diversas formas de producir y reproducir los diferentes capitales sociales que influyen en la incursión y permanencia en el campo político. Las más importantes son aquellas que guardan relación directa con el habitus, es decir, con la matriz perceptiva que orienta y dispone las conductas frente a la vida y las acciones que se emprenden en pro de un fin. En este caso son los capitales de los campos universitario y familiar.

La mayoría de las veces estos capitales no son suficientes para incursionar en la vida política y es por ello que el análisis debe tener en cuenta también las condiciones materiales de existencia y tener como asidero una articulación de clase y género, que permita evidenciar que la tenencia de estos capitales está determinada por variables como la raza, género y la clase social entre muchos otros. Ejemplo de ello es que dado que el acceso a la educación no es igualitario, no todas las personas inmersas en el campo político tienen estudios universitarios en el área de la política pública o similares, que si bien son un recurso valioso, no son garantía de permanencia y posicionamiento e igualmente restringe el acceso a organizaciones universitarias y los capitales que se adquieren en este campo.

El análisis de las trayectorias políticas debe prestar más atención a las condiciones de posibilidad que al cumulo de capitales. Si bien es cierto que los capitales heredados o adquiridos ponen en situación de ventaja a algunos actores en un campo social, también es cierto que es mucho más importante de qué manera estos actores ponen en marcha estrategias de producción y reproducción de los capitales.

En el caso de María José Machado se evidencia que aun cuando no militó en la universidad y estuvo más bien alejada de los movimientos políticos hasta cierto



momento de su vida; y que en su núcleo familiar no contó con un capital social o político fuerte en el campo político partidista, fue difícil adquirir habilidades como la expresión oral y la toma de palabra. Esto no impidió que fuera una política reconocida aun cuando el contacto con esta experiencia fuese tardío respecto a Andrea y Cecilia.

### Capítulo 3

#### **Reconocimiento de la subalternidad: experiencias de exclusión y desigualdad**

Según el constructivismo (Vélez, 2008) el proceso de subvaloración de la mujer tiene un doble origen, uno epistemológico (analizando su fundamento) y otro político (la escasa incursión de la mujer en el espacio público). De ahí que la objetualización es el proceso mediante el cual la sociedad crea una representación de la mujer y a su vez impone sobre ella esta representación haciendo que la interiorice al igual que la mayoría de la sociedad. Como contraposición a la objetualización se propone el término subjetivación como el proceso mediante el cual la mujer se crea para y desde sí una forma- sujeto que se enfrenta con las imposiciones del sistema patriarcal, y con la experiencia en la esfera pública política como fundamento.

El proceso de objetualización se basa en invisibilizar y excluir asignando o denegando roles según el sexo. Por el contrario, el proceso de subjetivación tiene como asidero la experiencia y las condiciones de existencia. Mirar objetivamente al mundo es objetualizarlo, verlo a través del conocimiento androcéntrico. Objetualizar es ver a los



agentes y grupos sociales como un todo desconociendo lo particular que hay en ellos e imponiendo un *deber ser* y *deber hacer* universalistas.

Según Vélez (2008), el constructivismo propone que para el proceso de subjetivación es necesario cuestionar y deconstruir los paradigmas del orden establecido, es decir, destruir estas prenociones y matrices de sentido en busca de construir unas nuevas que estén en concordancia con las condiciones y experiencias de cada sujeto. Es importante priorizar la experiencia vivida en este proceso ya que existen estilos significativos en las trayectorias de vida de Andrea, María Cecilia y María José; dichas experiencias son puntos de ruptura que en buena medida han significado el inicio o el final de una “forma-sujeto”. Es decir, son las experiencias las que codifican una conciencia sobre su subalternidad y, a su vez, las que dilucidan en muchos casos las líneas de acción política frente a la injusticia, abuso, acoso o aquello que genere o se genere del estado de subalternidad.

Al igual que con los capitales, estos puntos de ruptura no son siempre los mismos ni se dan de una manera única. En cada caso experiencias diferentes han motivado la puesta en marcha de mecanismos de acción (militancia, movilización, denuncias, etc.); en algunos casos con un carácter feminista desde el principio de la actividad política, en otros este acercamiento al feminismo ha sido paulatino y gradual. Esto dependerá de las condiciones en las cuales se desarrolle el ejercicio político.

El presente capítulo analiza las experiencias más significativas para las protagonistas (Andrea, María Cecilia y María José) de esta investigación. Les denomino puntos de ruptura porque son los eventos que disparan una conciencia de sí que lleva a reconocer el estado de subordinación de las mujeres bajo el orden patriarcal en un contexto social



específico, convirtiéndose en potencial energía para la militancia y la acción política. Seguido a ello, se analizan las estrategias de acción resultado de dichas experiencias.

### **3.1. Puntos de ruptura**

#### **Exclusión y auto-exclusión de las mujeres en los espacios de participación.**

##### **Andrea Rivera**

El reconocimiento de los privilegios y carencias tanto de sujetos particulares como de grupos sociales es un paso importante para el reconocimiento de la subalternidad; el caso de una de las intelectuales políticas de Cuenca, Andrea Rivera, es muestra clara de ello. Durante el gobierno de Jamil Mahuad en un panorama de recortes presupuestales, Andrea se encontraba trabajando para una empresa eléctrica en el área rural de Cuenca. El servicio eléctrico había sufrido un alza de las tarifas en el sector rural-donde Andrea trabajaba-, y esto le dio la oportunidad de escuchar de boca de los habitantes del área rural de Cuenca de qué manera estas alzas afectaban sus vidas.

Este hecho provocó en Andrea un cambio, tomando conciencia de las injusticias, generando rabia, indignación e impotencia que la motivaron a buscar organizaciones políticas dentro de la universidad con el fin de encontrar un espacio que le permitiera tener un campo de acción frente a estas injusticias. Es así como empezó su militancia política en el movimiento estudiantil.

Si bien la mamá de Andrea tenía influencia y cercanía con el movimiento de mujeres y feminista lo cual influenció a Andrea, no fue sino hasta el momento en que Andrea conoció a Natasha Rojas - quien era dirigente de la FEUE- que decidió emprender una carrera para lograr posicionarse como una mujer dirigente dentro del movimiento estudiantil. Andrea señala que “el ver a una mujer que era presidenta de la FEUE de



Quito (la mayoría de dirigentes eran hombres siempre), y cuando yo vi que una mujer, era presidenta de la FEUE de Quito, dar un muy buen discurso con elementos políticos, me motivó mucho a decir no solo estoy participando sino también en algún momento puedo ser dirigente” (Entrevista Andrea Rivera, 2018).

Andrea siente que Natasha es un referente y se identifica con ella porque logró posicionarse en la dirección de un movimiento político de izquierda. Al respecto Vélez afirma “Sin duda un referente esencial de los efectos de dominación impuestos a la identidad y subjetividad es la experiencia; de esta forma al hablar desde y de sus experiencias muchas mujeres construyeron su identidad como feministas a través de su identificación con las otras.” (Vélez, 2008. 101). En el caso de Andrea, no solo ver sino también tener la posibilidad posteriormente de hablar con Natasha le motivó a querer construirse una identidad política feminista como dirigente. Fue en su contacto con la experiencia de mujeres lideresas (su mamá y Natasha) que prefiguró una identidad feminista.

Al realizar su tesis de tercer nivel y en su maestría, en salud con enfoque de ecosistemas, sobre estudios de casos de la Casa de Acogida María Amor evidenció claramente las formas violentas en que el patriarcado opera sobre las mujeres y los hombres.

Su apuesta académica propició en ella la toma conciencia de las implicaciones de ser mujer en un sistema patriarcal y capitalista, motivo que hizo para Andrea más evidente la necesidad de actuar y organizarse en pro de los derechos de las mujeres. Sobre la influencia educativa que recibió del trabajo de la madre, Andrea Rivera acota:

“mi madre ha estado muy cerca con el trabajo de atender a mujeres víctimas de violencia, ella trabajó en la Corporación Mujer a Mujer y luego ha sido muchos años directora de la Casa de Acogida María Amor. Yo también he podido ver





muy cerca esta realidad de mujeres que denuncian y necesitan apoyo psicológico, legal e incluso de acogida y conocer de cerca la vida de esas mujeres me ha impulsado” (Entrevista Andrea Rivera, 2018).

Mucho se ha escrito sobre las propuestas pedagógicas feministas (Martín, 2016. Arango, 2012. Maceira, 2008.) Al replantear la educación como unidireccional y ejercida únicamente en la escuela, Marlene Villavicencio, brinda las herramientas para hacer de la relación de crianza con su hija una práctica de la libertad (Freire, 2013). La educación como práctica de libertad es feminista “en la medida que transforma y apoya relaciones sociales, humanas, en igualdad y con justicia social.” (Martín, 2016 .131)

Esta práctica liberadora se da en un doble sentido; al permitir la cercanía de Andrea con otras mujeres y otras realidades propicia el despertar de una conciencia feminista que apunta a reconocer a la otra en su contexto y con una subjetividad específica. Por otro lado, se aleja de la matriz de dominación (Collins, 2000) al enseñar a Andrea habilidades como el liderazgo demuestra que el universo de lo posible para las mujeres no está únicamente en el espacio privado sino también en el espacio público.

Además, este testimonio reafirma un aspecto ampliamente tratado en los estudios de violencia simbólica y participación de mujeres (Federici, 2018. Arango y Viveros, 2011. Bourdieu, 2000.) : La oralidad pública, el dominio de un escenario público o de dirigir, son considerados eminentemente masculinos y se presenta como un reto mayor para las mujeres adquirir o expresar estas habilidades dado que desde el proceso de socialización primario, la familia y la escuela, se ha enseñado que lo femenino está en contraposición a lo masculino, es decir, lo privado y la mujer están en contraposición y son antagónicos a lo masculino y público.



Según Amorós “Puede haber alguna rara excepción, pero son las actividades más valoradas las que configuran o constituyen el espacio de lo público [...] es decir, cuando una tarea tiende a hacerse valorar, tiende a hacerse pública, tiende a masculinizarse y a hacerse reconocer” (Amorós, 2001 en (Vélez, 2008)). Las labores socialmente mejor reconocidas son llevadas a cabo en espacios públicos mientras que lo que se hace en el espacio privado, de puertas para dentro, es subestimado. Esta jerarquización es una constante en las sociedades patriarcales y configura la división sexual del trabajo.

Además de esto el poder público ha sido masculinizado propiciando así la exclusión de lo femenino, y con ello la mujer, de los espacios de poder público relegándole a lo privado como los cuidados del hogar y la familia.

Para Foucault (2008) el poder es inmanente a las relaciones sociales. El poder es, pues, la interiorización de una relación histórica de dominación que puede expresarse políticamente, económicamente, culturalmente o sexualmente. Dado que el proceso de dominación es siempre relacional y no es posible que exista dominación sin el “consenso” de quien es dominado, se entiende que no todas las mujeres que están relegadas al espacio privado se sientan excluidas o subordinadas. Por ello es que las experiencias, y la conciencia que se hace de las mismas es vital para la construcción de subjetividades políticas.

Por otro lado, Andrea se plantea el campo partidista como un reto personal pues considera que las mujeres no han sido educadas para asumir un rol de liderazgo y de ocupación de espacios públicos, generándose una exclusión y auto-exclusión. La reproducción de la desigualdad de la mujer se da, también, por la participación inconsciente o consciente de ella misma en las lógicas de exclusión. Es precisamente esto a lo que se denomina el proceso de objetualización (Vélez, 2008). En términos



bourdianos podría pensarse en la interiorización de un habitus femenino producto, como ya se mencionó, del proceso de socialización de las mujeres.

Tal auto-exclusión se da porque las mujeres sienten vergüenza de ser juzgadas por no saber lo suficiente y deciden ocupar cargos secundarios o que requieran menor cualificación (Ovalle y Quintana, 2013. Velez, 2008. León, 2005) El temor a la reacción y valoración colectiva en un mundo que tiene estereotipos claramente definidos para las mujeres, es un factor vital en la escasa participación política de las mujeres.

El potencial de resistencia radica, pues, en tomar conciencia de ello y romper ese canon autoimpuesto para buscar una nueva subjetividad política femenina. Esto queda evidenciado con la experiencia inicial de Andrea, al decir

“cuando yo empecé a participar tenía miedo, vergüenza de hablar, hablaba y me ponía roja. Es un camino de irte preparando y en un espacio y una sociedad machista muchas veces las mujeres se quedan ahí porque el rato que empiezas a vivir algún tipo de violencia dices mejor no quiero vivir esto, y mejor me alejo, y dejo de participar, y dejo de pelear ahí, ya no voy a enfrentarme a esto. Entonces de alguna manera hasta por cuidarse su salud, por estar tranquilas, dejan de participar, dejan de pelear, de exigir espacios de dirección” (Entrevista Andrea Rivera, 2018).

Existe pues, una doble condición para la dominación, la primera condición de posibilidad es la matriz de dominación (Collins, 2000) es decir, todas las instituciones y actores sociales que en su configuración histórica han normalizado una serie de conductas y comportamientos que someten a las mujeres en un sistema patriarcal, se puede decir que este es el factor cultural.

La segunda condición es de carácter subjetivo y tiene como fundamento la sumisión del grupo o actor dominado, en este caso las mujeres, al asumir de manera voluntaria, o no, consciente, o no, esa matriz de dominación. Como señala Vélez:



“Para Lagarde (1997), el poder se ejerce por hegemonía basada en la dialéctica de consenso y coerción, que al mismo tiempo es el método de construcción de esa hegemonía. La participación de las mujeres en la cultura y la política se sustenta en su consenso, que tiene como base la aceptación de la feminidad construida desde el patriarcado. Sin embargo, es de carácter coercitivo en cuanto su condición se ha presentado como divina y natural.” (Vélez 2008, 42)

No obstante, Lagarde (2000) posteriormente va a plantear que la autoexclusión por parte de algunas mujeres del escenario público ha sido producto de la evolución misma del feminismo. Con esto hace referencia a que anteriormente las condiciones en las cuales las mujeres tenían que resistir eran más hostiles se ponía en riesgo la vida o la integridad por la persecución de un ideal. Ahora el feminismo ha adoptado una ética del cuidado, de las mujeres consigo mismo y con otras mujeres, en la cual no se pone en riesgo la integridad y se hace un análisis “más inteligente” de las consecuencias y medios para la consecución de tales fines.

El relato de Andrea es muestra de que la violencia no es solo física, se ejerce sobre el cuerpo o la psiquis de igual manera. La violencia simbólica es quizá una de las maneras más extendidas de violentar que pasa desapercibida y no solo esto, también es una de las formas más efectivas de, como lo dice Andrea, ganar estos espacios a las mujeres y seguir las excluyendo.

Nuevamente no es esto una regla general. Por el contrario, como en el caso de Andrea, este tipo de afrentas generaron interrogantes e inquietudes y le dieron la posibilidad de cuestionar el orden patriarcal. De igual manera le permitieron cuestionar sobre la forma en que se da el desplazamiento de la violencia y exclusión de lo privado a lo público y cómo las mujeres tienen la posibilidad de moverse en estos espacios de forma estratégica.



De igual manera el escenario intrapartidario expresa una dialéctica similar. Por un lado, una corriente dentro del partido sigue siendo reticente al liderazgo de las mujeres y su participación política, mientras que otra facción la apoya y promueve. Andrea relata que cuando entraba a los salones en la universidad a posicionar los temas de violencia de género, muchos de sus compañeros de partido le pedían que no hablara de esas cosas para no “perder las elecciones”. Si bien no la amenazaban físicamente, este tipo de advertencias buscan silenciar y minimizar el lugar de enunciación femenino.

La invisibilización y exclusión, como ya se ha mencionado, son características de la objetualización ya que “explicar la objetualización de las mujeres es aludir a los procesos de poder-subordinación regularmente entendidos como: un conjunto de prácticas discursivas que se organizan y se reproducen intencionalmente por los sujetos beneficiados como parte de un proyecto por conservar un sistema de dominación” (Vélez, 2008, 52)

Andrea asegura que esto tampoco es generalizado y también en muchos casos compañeros de militancia han propiciado en ella empatía por continuar el camino de la política electoral. “También tengo que reconocer que en el mismo movimiento a mí me promovieron mucho, me impulsaron en base a mi capacidad, pero la oportunidad que me dieron mis compañeros hombres y mujeres de que yo sea dirigente, candidata, vicepresidenta de la FEUE, presidenta de la AFU, presidenta de la FEUE eso me ha permitido justamente continuar aquí” (Entrevista Andrea Rivera, 2018).

### **3.2. El derecho como profesión masculinizada.**

**María José Machado**



Como ya se mencionó antes, María José Machado llegó a la política por la vía meritocrática. Sus buenas calificaciones le permitieron empezar a ocupar la representación estudiantil ante el Consejo Directivo de la universidad. Se reprocha no haber tenido un papel más activo y más crítico durante su desempeño en este cargo para denunciar ciertas anomalías de la universidad. Pero, justamente esta oportunidad es la que propició el punto de ruptura para María José.

Siendo representante estudiantil ante el consejo directivo se le pidió a María José que firmara y aprobara los distributivos de horarios de profesores en el consultorio jurídico de la universidad. Ella al estar realizando sus prácticas ahí, se dio cuenta que habían irregularidades en tanto algunos profesores que tenían horas en el consultorio jurídico (donde ella realizaba sus prácticas) no las estaban realizando. Ante esto decidió ir a cada salón y exponer este caso para que los estudiantes se dirijan a estos profesores en busca de apoyo y, en buena medida, justificar el pago de esas horas. El decano, al enterarse de esto, irrumpió durante una clase de Medicina Legal en la que se encontraba María José y le gritó frente a su salón y profesores presentes, acusándola de cometer calumnia. No es un relato menor, María José dice que

“para mí fue súper chocante porque, primero: yo siempre fui la mejor estudiante, nunca me quise meter en política esos líos que no eran para mí y fue tan chocante creo que (...) ese fue el hecho que me marcó profundamente y que hizo la diferencia en mi vida (...) eso hizo que me dé una indignación que yo no sabía ponerle nombre porque sentía que era una injusticia súper grande” (Entrevista María Mojé, 2018).

Para María José este miedo sumado a la indignación que le produjo sentirse vulnerada y juzgada, se transformaron en “conciencia de la injusticia” según sus palabras. En este caso María José tuvo que enfrentarse con un profesor mayor, que al verse amenazado y descubierto por una estudiante decidió emprender una retaliación pública contra ella. Si



bien el ataque que recibió no fue por su género, María José sintió que el hecho de ser una mujer la puso en desventaja con su agresor, quien al ser un hombre mayor la infantilizó y agredió aprovechando su posición social.

Resultado de esto María José es condenada al ostracismo. Los compañeros de su universidad dejan de hablarle, sus profesores la ignoran y le hacen la vida imposible. Esto reafirma que el proceso de objetualización tiene como fin excluir y silenciar a las mujeres en función de mantener un orden que, en este caso, no solo es patriarcal sino también favorecedor de la impunidad masculina.

Quizá su problema en la universidad fue un espejo de lo que encontraría en el futuro. El derecho como campo laboral se muestra como eminentemente masculino. Su madre, María Arévalo Peña, quien ya había tenido esa experiencia al ser abogada, le aseguraba que “(el) derecho no es para las mujeres, a mí me ha ido pésimo, a tu papá le ha ido bien porque es hombre, tu papá le respetan, tu papá no se mueve nunca del escritorio. Yo en cambio me mato, yo voy a dejar los escritos, yo hago todo para mis clientes y nunca me pagan” (Entrevista María José, 2018).

María José relaciona este hecho no solo con el carácter masculino que tiene el derecho al ser una profesión pública y de toma de palabra ejercida mayoritariamente por hombres; también lo atribuye a que, al ser ejercido por una mujer, quienes eran sus clientes veían en ella más una cuidadora que una profesional.

En este caso la atribución femenina del cuidado en la esfera privada se traspasa a los espacios públicos imposibilitando un pleno desarrollo de María Arévalo, madre de María José, como profesional y posteriormente de María José, en el ejercicio de su profesión. Aspecto que demuestra que la objetivación es un proceso sistemático y generacional.



Esta es otra forma de discriminación que motivará a María José a emprender su acción política, ya que tuvo que vivirlo en carne propia tiempo después durante su primer año como profesional. María José relata: “me di cuenta que en el ejercicio de la profesión había una brecha, porque una puede ser la mejor estudiante pero por el hecho de no tener un pene, no te pagan. Tu trabajo no solamente se limita a patrocinio jurídico técnico, sino uno se convierte hasta en una suerte de cuidadora de sus clientes, y es un trabajo emocionalmente muy desgastante” (Entrevista María José, 2018).

Para cerrar el apartado de María José es necesario resaltar que, al igual que Andrea, ha sentido que el ejercicio de poder y dominación no serían posibles si ella misma no lo reprodujera, por medio de sus relaciones y comportamientos. Esto reafirma que existe una doble segregación por un lado una objetiva, dada por la sociedad o el campo específico, en este caso el derecho y por otro lado una auto segregación: “cuando era tan jovencita y me tocó ser concejala y todo eso chuta también tenía miedo a meterme en cosas que no sé, a meter la pata que creo que es una forma de auto segregación que te pasa en la política” (Entrevista María José, 218).

### **3.3. La falta de acción estatal como marco para la acción feminista**

#### **Cecilia Alvarado:**

Cecilia empezó su trayectoria en la iglesia y con voluntariados de tipo religioso. Es durante un viaje a las provincias de Bolívar y de Morona Santiago que se presentó uno de los puntos de ruptura en su historia de vida.

Durante sus voluntariados, Cecilia realizaba labores para la iglesia, hacía actividades para los niños y niñas y les enseñaba a rezar,





“sin embargo la iglesia no podía solucionar los problemas de falta de una vía, de falta de agua potable, de falta de alcantarillado. Tuve la desgracia de que me tocara atender un parto con un bebe que nació muerto, tuve la tristeza de llegar a una vivienda campesina solo para constatar que un niño se había muerto atorado ahogado por tos, cosas que de tener un centro de salud cerca no habrían sucedido jamás” (Entrevista Cecilia Alvarado, 2018).

Esta incapacidad de la iglesia y el Estado por dar respuesta a lógicas de desigualdad social, son susceptibles de propiciar la consolidación de nuevas identidades. La falta de acción de las entidades estatales y organizaciones como las ONG y la iglesia genera vacíos estructurales y falencias en las condiciones de vida de las poblaciones o sectores sociales más vulnerables. Estos vacíos son el escenario propicio para la organización civil y para la puesta en marcha de propuestas que fuera del marco normativo respondan a las necesidades de la experiencia vivida

Dichas identidades pueden ser tanto individuales como colectivas. Conger apunta que

“el surgimiento de estas organizaciones es también un resultado de la incapacidad del aparato del desarrollo (incluidas las agencias internacionales de desarrollo, el Estado y otras instituciones políticas) de abordar adecuadamente las necesidades de los pobres y de cambiar las desigualdades del sistema” (Conger, 1994, 205).

Para Cecilia, fue precisamente la rabia e indignación que le provocó ver que año tras año, al visitar estos lugares, las comunidades seguían sin luz, agua, vías; y que cada vez que volvía niñas indígenas de 10 o 13 años se hacían madres, sin la posibilidad de tener una adecuada educación sexual, acceso a métodos de planificación familiar y otras oportunidades para un proyecto de vida integral.

Esto la motivó a entrar en la política electoral partiendo del supuesto de que esos espacios había que tomarlos para ponerlos al servicio de las comunidades más necesitadas, convencida de que traspolando el principio cristiano del servicio al prójimo



a la idea de la democracia, se garantizaría poner al Estado y sus instituciones al servicio de los demás.

Para Cecilia la interacción con los otros fue el punto de ruptura. Ver y escuchar sobre la desigualdad, sentir que su voluntariado y el papel de la iglesia lo único que hacían era objetivar e invisibilizar la desigualdad, fue clave para su accionar político. Igualmente le permitió empatizar con una realidad que afrontaban las mujeres de estas comunidades, cuando veía niñas indígenas que, gracias a un sistema que les negaba la posibilidad de educarse, debían ser madres a temprana edad asumiendo así un rol que se les había impuesto tanto por la matriz de pensamiento patriarcal como por la falta de oportunidades, de un sistema voraz como el capitalista, al no tener acceso a una educación de calidad, información de métodos anticipativos, planificación familiar y servicios básicos.

Esto le mostró además que si bien la iglesia no podía ayudar a estas comunidades de manera efectiva, el Estado tampoco tenía capacidad o voluntad de acción sobre estos sectores, Las carencias que estas comunidades sufrían reflejaban fallas en la política, la forma como se desarrolla y el quehacer político mismo. No era suficiente con ir y rezar con estas comunidades así que decidió ingresar en la política partidista. Cecilia vio la necesidad de cambiar las condiciones de las personas cambiando la política misma y fue esa su insignia: entrar a la política para cambiarla desde adentro. Cecilia expresa querer cambiar la cultura política apropiándose de los espacios oficiales de la política electoral.

Un aporte importante en este sentido desde el feminismo decolonial es que “hablar de cambios culturales, sin caer en posturas etnocéntricas o de interferencia, es una tarea compleja. Rodríguez y Hari (2009) teniendo en cuenta que toda cultura es dinámica, abierta y heterogénea, señalan que los valores culturales son reinterpretados en función



de las necesidades de cada sociedad. Las autoras entienden que para que se produzca un cambio cultural es necesario un cuestionamiento de esa misma cultura por parte de los grupos subalternos u oprimidos (como, por ejemplo, las propias mujeres) dando lugar a lo que las autoras denominan: un cambio cultural pro-equidad (Martin, 2016,138)

En el caso de Cecilia el cuestionamiento de su cultura desde su lugar de subordinada implicó la necesidad de actuar partiendo del reconocimiento de los mecanismos de participación liberales. En este caso específico, el cambio cultural que propone Cecilia va en un doble sentido: el primero surge de la otredad, el reconocimiento de los sectores subalternos y sus condiciones precarias motivó su necesidad de actuar para modificar las condiciones de vida de estos grupos. El segundo va a surgir del reconocimiento de la política como el medio para alcanzar este fin, no obstante, al ver el panorama famélico de la política decide también luchar por la reconfiguración de las dinámicas dentro de lo que Lagarde (1977) llama círculo particular político<sup>3</sup>.

Así pues, si bien en este momento Cecilia no alude a una desencialización del género es posible cuestionarse si el hecho de querer replantear/desencializar la política no puede llevar también a replantear y desencializar el género y las relaciones subyacentes.

En el año 2012, Cecilia va a experimentar un “desencanto de la política” resultado del poco alentador panorama político del país. Eran tiempos de represiones, recortes presupuestales y una fuerte presencia conservadora. Esto reafirma su consigna de entrar a la política para cambiarla.

Ya dentro del escenario político, Cecilia siente que las mujeres son tratadas como la excepción: ser mujer en un cargo público es algo notable mientras que un hombre en la

---

<sup>3</sup> Marcela Lagarde toma este término de Antonio Gramsci para definir el conjunto de actores y dinámicas que son propios a un conjunto de relaciones específicas. Se puede hacer la analogía con el concepto bourdieano de campo que he venido manejando.



política es tan normal que parece ser la regla por excelencia. Lejos de ser esto un impedimento, Cecilia lee esto como un reto para demostrar la capacidad política de las mujeres. Es así que lanza su candidatura como prefecta “porque ser vice (viceprefecta) es ser vice y ser prefecta es otra historia”.

Si bien algunas mujeres como María José aseguran que se sienten más seguras en estos cargos secundarios dado que la presión social y los juicios sobre sus acciones y su conocimiento son menores en tanto es menor su responsabilidad; otras mujeres, como Cecilia, ven la necesidad de ocupar cargos principales y directivos como una medida estratégica que permita tomar decisiones que reconfiguren esa dinámica excluyente y que a su vez sirvan de precedente y ejemplo a otras mujeres.

Fassler acerca de las posturas como la de María José considera que:

“contribuyen a reforzar esta invisibilización (de las mujeres en la historia) las actitudes y conductas de las propias mujeres, quienes respondiendo a los valores, comportamientos y condiciones de existencia genéricas imperantes en la sociedad actúan preferentemente en espacios próximos al hogar y en tareas que se vinculan estrechamente con sus habilidades y roles domésticos. Las mujeres buscan espacios de acción en los que se privilegian los vínculos de solidaridad por encima de las relaciones de competencia. (2007, 388).

Para Fassler las mujeres que asumen cargos y responsabilidades en el ámbito público, además de empoderarse como sujetos políticos, contribuyen a una efectiva redistribución de las fuerzas en el campo político tanto a nivel simbólico como a nivel material, generando insumos para una cultura pro-equidad. Por el contrario, aquellas que se autoasignan labores de cuidado o del ámbito privado, están asumiendo y reproduciendo la matriz de dominación.

Una visión más mesurada es la de Lagarde, quien considera que muchas veces estas acciones son un intento por ser el reflejo de lo que son los hombres. Asegura que en el



pasado en el feminismo predominaba una ética del riesgo que funcionaba como espejo a la valentía de los hombres. “Tenemos que aprender a preservarnos, a no hacer cosas temerarias, riesgosas que nos pongan en peligro. Se trata de hacer cosas que nos permitan avanzar con el menor riesgo” (1997, 49)

Aun cuando Cecilia decide entrar en la dinámica de la política electoral, hace fuertes críticas a la misma, puesto que “la política no es un espacio de trabajo en equipo de servicio a la gente, de generar propuestas, la política se convierte en un espacio de vanidad, de ego, de quien aparece más en la tele, de quien ha sido la primera plana del periódico, de quien ha recibido más aplausos en tal lado” (Entrevista Cecilia, 2018). Lejos de ser una contradicción, es un aliciente que se suma en su proceso de subjetivación y de reconfiguración de lo que es la política y la importancia de entrar a replantearla.

Los modelos democráticos aun cuando pretenden generar los mecanismos de inclusión de la mayoría de su población, no logran tal cometido bien sea por intereses particulares, falta de planeación o incluso por la diversidad misma de su población.

“En los últimos veinte años, en América Latina se da una expansión de los regímenes democráticos. Sin embargo, simultáneamente, existe un malestar creciente respecto de las limitaciones del sistema democrático representativo para dar cuenta de los profundos cambios que vienen experimentando las sociedades. La democracia representativa presenta grandes dificultades para incluir a los nuevos actores y sus demandas, y para generar consensos lo suficientemente amplios y estables que permitan gobernar. (Fassler 2007. 387)

Si bien, estos puntos de ruptura pueden presentarse como coyunturales en realidad son sistemáticos. Ejemplo de ello es una forma de infantilización extendida en el campo político que se da mediante el lenguaje. Cecilia asegura que tiene que vivir “los típicos episodios de gente que llegaba a la oficina a decirte reina, hija, o lo que fuese y que



tienes que recordarle que tú no te irías a la oficina de ese ilustre ciudadano a decirle rey o mijo no, ni a “miamorciarle” como digo a nadie, y que no importa que seas vice prefecta, concejal, o señora del mercado nadie tiene que tomarse esas confianzas” (Entrevista Cecilia, 2018)

Se puede ver que los puntos de ruptura están relacionados con hechos de violencia o desigualdad que despertaron en estas mujeres la sensibilidad en primer momento y la conciencia en un segundo momento. Estos hechos de violencia pueden ser tanto físicos como simbólicos y ninguna de las colaboradoras de este estudio señala un mismo punto de ruptura. Igualmente, estas experiencias han revelado a estas mujeres que ser mujer en un sistema patriarcal es una desventaja que genera desigualdad y exclusión, pero también que no es la única exclusión existente, también la desvalorización y la omisión.

Finalmente, la experiencia de la subordinación lleva a replantear la forma- sujeto tradicional en función de escapar a esta dominación bien sea reconfigurando los límites que han demarcado su subjetividad históricamente o emprendiendo acciones para redistribuir las asimetrías en las relaciones sociales de poder. Es por eso que ahora se abordarán las acciones que estas mujeres emprendieron para resistir.

### **3.4. Estrategias y reacciones contra el sistema patriarcal.**

La toma de conciencia producto de las condiciones materiales o simbólicas de existencia o determinadas experiencias, en estos casos la injusticia, la segregación o la discriminación basada en género, tienen un alto potencial de transformación en tanto permiten cuestionar los paradigmas sociales y subjetivos existentes.

No obstante, un común denominador en las tres historias de vida de estas mujeres políticas en la ciudad de Cuenca no es la forma en la que adquieren esta conciencia o la



conciencia de la injusticia contra las mujeres per se, sino la necesidad y capacidad de acción posterior a esta toma de conciencia. Cabe aclarar que este proceso no es lineal y las acciones emprendidas por estas mujeres pueden ser anteriores o posteriores a su militancia, pero siempre es después de los puntos de ruptura ya analizados cuando deciden emprender acciones específicas en el campo político desde el feminismo.

Nada de esto es posible sin unas condiciones subjetivas mínimas. Una de ellas, como se ha mencionado, es la toma de conciencia de la *subalternidad*. Otra de estas condiciones dentro del proceso de subjetivación es la *autonomía*, la cual es pilar de las acciones de resistencia ya que “Implica la capacidad de instituir proyectos propios, bajo acciones deliberadas para lograrlos, es decir, subjetivarse como sujetos, con capacidad de discernir sus deseos y sus intereses y de elegir las acciones para concretarlas. En el caso de autonomía de género para las mujeres, nos referimos a la libertad que una mujer tiene para poder actuar de acuerdo con su elección y no a la de otros (Vélez 2008, 95)”

Si bien es cierto que las anteriores condiciones subjetivas -conciencia del papel de subalternas y autonomía en la subjetivación- son necesarias para emprender acciones de resistencia, existen otras condiciones determinantes. Como señala Vélez “Con relación a las mujeres, la reivindicación de su derecho a la igualdad social es un proceso complejo que requiere de una serie de condiciones democráticas que propicien el desarrollo de su capacidad de ser individuos, con personalidad de sujeto social que les permita establecer relaciones de igualdad en la diferencia” (Vélez, 2008).

En el siguiente apartado se pondrá en evidencia las acciones específicas que estas mujeres decidieron emprender para poder cambiar las condiciones de desigualdad que experimentan las mujeres y con ello el cambio de su subjetividad.



### 3.5. Discriminación y resistencia

#### **Andrea Rivera:**

Para empezar, es necesario recordar que Andrea Rivera si bien tuvo cercanía con el movimiento de mujeres desde muy temprana edad, no fue este el que la impulsó directamente a militar políticamente. Su principal punto de ruptura fue ver la injusticia que sufría el sector campesino por el alza de precios en las tarifas y la simultanea cercanía con el movimiento universitario. Sin que esto quiera decir que el movimiento de mujeres no tuvo influencia en el inicio de su trayectoria, todo lo contrario, al iniciar su militancia política en el movimiento estudiantil como militante del MIU tomó la dirección del Frente Universitario de Mujeres Universitarias, en este momento, según Andrea “yo pude darme cuenta de la necesidad de la organización propia de las mujeres, exclusiva solo de mujeres”. Luego de dirigir este Frente fue vicepresidenta de la FEUE, posteriormente presidenta del AFU y finalmente fue presidenta de la FEUE.

Esto le permitió hacer de su paso por la universidad un escenario de formación política y feminista en donde reafirmó la necesidad de la organización entre mujeres y la urgencia de posicionar los temas de género en acciones reales, como, por ejemplo, implementar guarderías en la universidad para los hijos de las estudiantes que eran madres y debían cumplir su rol de madre, cuidadora, estudiante y, en muchos casos, trabajadoras. Esto muestra la sensibilidad y capacidad de análisis y política que tenía Andrea; capacidad que no surgía solo de su experiencia personal, sino de la necesidad de poner en marcha acciones en pro de mejorar el bienestar de las mujeres.

En este sentido Mouffe (1989) señala que la organización entorno a los derechos de la mujer no debe cerrarse únicamente como movimiento de mujeres. Por el contrario, es





necesario que las mujeres entren en los más variados escenarios de resistencia desde su quehacer o sentir específico. Lo anterior con el fin de poder hacer de los diferentes espacios de resistencia espacios inclusivos y despatriarcalizados así como posicionar el debate de las formas específicas de discriminación a la mujer en estos espacios. Lo anterior implica reconocer al agente social como un conjunto de posiciones de sujeto, es decir, un abanico de experiencias y condiciones que lo sitúan en un lugar discursivo y práctico específicos.

La variedad de escenarios políticos de mujeres con los cuales Andrea tuvo cercanía le permitieron comprender, como señala Mouffe, que, si bien es de capital importancia la organización de mujeres para reivindicar los derechos históricamente negados y en pro de la construcción de lazos y redes que permitan avanzar en la consecución de los mismos, también es importante que las mujeres, en tanto seres humanos, logremos aplicar una matriz de sentido en contraposición a la dominante patriarcal a los diferentes escenarios de la política y lo político. Es decir, Andrea ha logrado a lo largo de su carrera política enriquecer las luchas sociales con el enfoque de género.

Ahora bien, Andrea se autoreconoce como feminista. Para ella el feminismo es “un pensamiento, una forma de vivir, una forma de luchar por la equidad entre hombres y mujeres”; la entrevistada asegura que en un sistema capitalista y patriarcal siempre existirán relaciones desiguales donde un grupo domine a otro. Para ella no es posible concebir el éxito del capitalismo sin el ejercicio de violencia sobre las mujeres y es precisamente el feminismo el lugar desde donde poder enunciar estas injusticias, ya que como dice ella.

“desde que yo comprendí que entre las injusticias que existen además del tema de clase social, las mujeres vivimos inequidades y la sociedad nos pone en un rol distinto, nos encasilla con ciertas cualidades que debemos tener y que todo eso que la sociedad que hace con nosotras y con los hombres también promueve esa subordinación desde ese momento empecé a trabajar (...) porque las mujeres



tengamos iguales derechos y oportunidades que los hombres” (Entrevista Andrea Rivera, 2018).

Silvia Federici (2004) dice en este sentido que, según Marx, el proceso de conformación del sistema capitalista necesariamente tuvo que pasar por un proceso de acumulación primitiva u originaria. No obstante, Federici cuestiona a Marx en tanto olvida la caza de brujas de los siglos XVI y XVII y como este proceso ayudó a concebir el cuerpo de la mujer como una máquina de reproducción de la fuerza de trabajo. En últimas para Federici el filósofo alemán desconoce el papel de la mujer en el proceso de acumulación originaria y como eso configuró posteriormente un destino predeterminado para la mujer dentro de las lógicas capitalistas.

Las lógicas capitalistas lograron insertarse al interior de la clase trabajadora produciendo las desigualdades sociales dentro de la misma. Es así como factores como la raza, sexo, edad entre otros fueron factores de jerarquización dentro de las diferentes clases sociales.

Consecuencia de estas lógicas de acumulación fue la pérdida de autonomía de las mujeres sobre sus propios cuerpos. Al convertirse en un medio de reproducción de la fuerza de trabajo y con el sistema feudal como herencia, la mujer pasa a ser propiedad del dueño de los medios de producción.

Andrea define al feminismo como acción. Es clara la necesidad de trascender la teoría o saberes feministas a la realidad, a lo concreto: “para mí ser feminista significa militar, activar, analizar, proponer, luchar, exigir una sociedad diferente en donde las mujeres y los hombres vivamos en igualdad de oportunidades (...) Para mí el feminismo es tanto



militar, actuar y transformar a favor de la equidad entre hombre y mujeres” (Entrevista Andrea Rivera, 2018).

Se constatan al menos dos cosas de esto, la primera: como veremos también en los casos de Cecilia y María José, no existe una definición única de lo que es el feminismo y si existiese no sería necesario saberla para militar en este; la segunda: existe una tajante línea que separa, en muchos casos, el ejercicio teórico del feminismo del ejercicio más pragmático.

Por ejemplo, Andrea no se considera de una corriente feminista, dice que “yo no soy muy teórica así de identificarme con una corriente o no” con lo cual demuestra que no es necesario afiliarse teóricamente a un movimiento para poder militar en el feminismo. Es quizá un feminismo más pragmático que teórico, pero esto no le ha imposibilitado entrar en partidos o política electoral; es más, asegura que al igual que todas sus compañeras, ella solo lucha por la igualdad y los derechos de las mujeres pero que ellas al igual que Andrea no se adhiere a una corriente feminista.

Entender el feminismo como acción, transformación y resistencia le permite a Andrea plantear la participación política como bastión de la eliminación de un sistema patriarcal.

Para ella es importante que las mujeres participen en política ya que así es más probable poder cambiar la forma en que se concibe la política, pero además la forma en que la sociedad va a ver a las mujeres; es decir, la imagen que socialmente se construye de la mujer. Por un lado, porque se despatriarcaliza y, por consiguiente, se democratiza la política en tanto se da la inclusión de un actor que ha sido excluido históricamente, en este caso, con una perspectiva de género. En segunda instancia, porque es la posibilidad



de las mujeres para posicionarse en el espacio público en cargos políticos o de dirección. Además de ello es la posibilidad de visibilizar la perspectiva de género y la voz de las mujeres dentro del escenario público buscando así romper esa exclusión histórica de las mujeres de la que habla Bourdieu (2016).

En este sentido, se debe entender que es gracias al cuestionamiento de la identidad preestablecida, asignada socialmente, de los roles de género que se puede replantear la forma-sujeto de las mujeres. Es decir, es así como se empieza a romper el canon hegemónico de la feminidad impuesto por el orden patriarcal. Pero este es solo el primer paso de un aparente punto de no retorno una vez puesta las gafas violetas. Con el cuestionamiento del sujeto llega el cuestionamiento del sujeto político femenino y sus campos de acción. En este sentido Andrea dice:

“es muy importante porque nosotras desde el movimiento de mujeres feministas planteamos que nuestra participación política debe generar cambios debe ser distinta a la participación política patriarcal, machista, que no es democrática, que impone, que es tal vez violenta, entonces las feministas, al menos yo así lo entiendo, planteamos que la participación política nuestra debe ser diferente, debe marcar un cambio, debe ser democrática, debe ser transparente, debe ser honesta, debe ser respetuosa de las otras posiciones y desde ahí debemos trabajar a favor de nuestros derechos”

### 3.6. Educación para la toma de conciencia

#### **María José Machado**

María José no empezó su vida política con la militancia, sino en el mundo académico y laboral, no fue sino hasta cuando hizo un posgrado en la Universidad Andina cuando se puso las “gafas violeta” (descubrir las realidades cotidianas que le parecían incuestionables ahora le resultan injustas). Su ejercicio de resistencia y aplicación de la matriz conceptual feminista se dará desde el inicio su carrera como empleada pública.



“en el año 2012, me vincule con la red de salud sexual y reproductiva, con el cabildo y con la mesa de erradicación de violencia, entonces fueron estas redes sobre todo de las ONG’s las que afianzaron mis convicciones feministas”

Al haber adherido durante su posgrado en Quito una serie de conceptos y experiencias sobre las ordenanzas jurídicas, expandió su militancia a la causa LGBTI en pro de la defensa de sus derechos mediante ordenanzas jurídicas. Así María José expandió su campo de acción a los derechos de las minorías y no solo de las mujeres.

Así como Andrea y Cecilia, María José reconoce que el campo de la política es un espacio masculinizado y que su proceso de formación desde la familia le hizo bastante difícil ingresar y posicionarse, incluso dice que le gustaría “ser más como los hombres” ya que esto le permitiría un mejor desenvolvimiento en su quehacer político.

Afirma María José:

“me encuentro con una forma de ser cojuda en la que siempre busco la aprobación del resto, ósea como que yo no quiero ser mala, no quiero caer mal, no quiero hablar muy alto, no quiero incomodar, siempre quiero quedar bien, quiero que me quieran, busco la aprobación, es una cosa típica, un cautiverio típicamente femenino a veces si me gustaría ser más como los hombres han sido socializados” (Entrevista María José, 2018).

Es difícil para una feminista entrar en la dinámica de la política electoral, ya que reconoce que el ejercicio de poder y sobre todo el poder en el escenario político, y en el espacio público, es masculino y patriarcal. No solo porque la oralidad pública y mostrarse en público ha sido un acto masculinizado, sino también porque la política se desenvuelve en escenarios como las fiestas y eventos sociales que se desarrollan fuera de los horarios laborales y a los cuales las mujeres muchas veces no pueden asistir por los roles asignados socialmente, bien sea el del cuidado del hogar o el del imaginario de



que las mujeres son frágiles y débiles y no pueden estar en estos espacios porque es peligroso.

En este sentido Vélez afirma que “de manera encubierta, la familia, la televisión, las revistas femeninas, las conducen (a las mujeres) a alejarse de las profesiones y actividades tradicionalmente masculinas como: política, finanzas, conocimiento científico, especialmente algunas áreas como las ciencias exactas. No se prohíbe abiertamente que se integren a estas actividades, simplemente se las juzga antifemeninas y poco atractivas para el otro sexo” (Vélez, 2008,49).

Esto se presenta como una suerte de predestinación, el destino de la mujer se establece mediante un mandato social, Zaldúa afirma que “las prácticas sociales y discursivas se actualizan en las significaciones imaginarias, se naturaliza el mandato con prescripciones, deberes, sanciones, culpas, como si fuera un destino que no puede transgredirse sin consecuencias (2007,100) Mediante las entrevistas con Andrea, Cecilia y María José se evidencia que existe un miedo generalizado a los juicios sociales.

Tal miedo es consecuencia de las significaciones imaginarias (Zaldúa,2007) sobre el deber ser de las mujeres. Precisamente las consecuencias de salir del espacio privado y posicionarse como sujetos políticos en la escena pública, el ser juzgadas de manera diferente a los hombres es la consecuencia y la prueba de que transgredir ese destino aparentemente inamovible es sancionado por la matriz dominante (Collins, 2000)

De esta manera no solo se excluye a la mujer porque se le enseña a alejarse de ciertos conocimientos y espacios, invisibilizando su posición y desarrollo en estos campos. También se le domina mediante la cooptación de su autonomía y capacidad de autodeterminación. Vélez continua “Se excluye a las mujeres del conocimiento cuando



se les estimula desde pequeñas a ser serviciales y atentas a las necesidades de los otros sin comenzar por sí mismas; lo que incide en el desconocimiento de sus propias vidas” (Vélez, 2008,49).

Esto genera en la mayoría de los casos la pérdida de confianza como sujetos capaces tanto de actuar y asumir determinados cargos. Lo que desencadena que las mujeres opten por abandonar los espacios de la política electoral. Así como señalaron Andrea y Cecilia.

Al igual que Andrea, María José no se identifica como una teórica del feminismo, ni adhiere a una corriente específica. Considera que no es necesario ser una teórica o erudita del feminismo para ser feminista. El feminismo es para ella, en primer momento, la “capacidad de indignarse frente a la injusticia”, pero también reconoce que el feminismo “es una teoría política, es también un movimiento social y es una forma de vida”

Advierte que el campo de acción de su feminismo es el campo de la política pública, “yo soy una burócrata, feminista eso sí”. Su mismo papel de servidora pública no le permite o ha permitido militar en organizaciones de carácter meramente feminista.

En el campo laboral, María José ejerce una profesión donde existe una brecha salarial en función del si se es hombre o mujer, así como la distribución de los oficios a atender. Cuenta su experiencia cuando iba a la Corte con su novio Diego, quien también era abogado: “para validarme en ese espacio yo si llegue a usar traje sastre, tacos, carteras, por eso yo rechazo absolutamente ese tipo de vestimenta ahora porque de cierto modo ya he ido ganando un poco más de afirmación, porque mi situación hasta cierto punto privilegiada me lo permite, pero yo usaba todo ese traje, toda esa fachado unisex para



parecer mayor porque tenía cara de guagua y no me tomaban en serio ni mis clientes, y en la corte me decían niñita, hija que quiere, en cambio iba el Diego, ni siquiera con terno, con saco y ahí sí ( le decían) Doctor en que le podemos servir, todo eso puedo ver cómo le trataban a él y como me trataban a mí,”

Su acción para resistir en este caso es estética pero muy simbólica. Si bien María José ahora rechaza esa vestimenta y su forma de resistir es viéndose y siendo “femenina” en un escenario mayoritariamente masculino, es decir mediante la contraconducta, en otro momento recurrió a performarse masculinamente para conseguir un lugar en el campo laboral. Son entonces, en este caso específico, la apariencia y la performatividad dos capitales que pueden cambiar y transformarse en el juego social y político para transformar la identidad.

Esto se explica dado que la subjetividad no está determinada social, cultural o biológicamente, este es un proceso que tiene como fundamento la experiencia y es por ello que no es estática, se da constantemente mediante la muerte y creación de nuevas o distintas formas de ser en función de una circunstancia, grupo social o deseo personal de modificar la forma de entenderse y estar en el mundo. Aun cuando existe la influencia del ambiente social cada individuo adhiere a su proceso de manera diferente las experiencias incluso cuando las condiciones y circunstancias de estas puedan parecer iguales.

En este caso María José adhiere una performatividad masculina pero posteriormente la desecha, esto como producto de la forma en que se le objetualiza a la mujer en el entorno laboral del derecho. La experiencia de María José le enseñó que su imagen podía ser modificada para sentirse y ser tratada de una manera más justa.





La performatividad tiene un papel de capital importancia en la consolidación de las identidades de todo tipo incluidas las feministas, no solo porque es la imagen que se expresa y esto brinda innumerables opciones estéticas para transgredir la matriz normativa. También porque desde estas se puede moverse entre diferentes identidades obedeciendo a diferentes campos y coyunturas. “Como señala Butler, la acción renovable de la performatividad de género, como modalidad de poder, entendido como repetición de normas institucionalizadas y práctica discursiva que realiza o produce lo que nombra, puede dar lugar a la desobediencia y transgresión de la estructura de doble sometimiento psíquico y social. (Zaldúa, 2007. 99)

Igualmente, María José señala que en el campo de la política el panorama no es muy diferente “la imagen de la política ideal, es una mujer con traje sastre, de algún modo es una imitación de la indumentaria masculina para esto de ganar el respeto, alzar la voz, a veces la firmeza, todo eso el alejamiento del mundo de los cuidados y los afectos, el mundo privado” (Entrevista a María José, 2018).

### **3.7. El proyecto democrático radical**

#### **Cecilia Alvarado**

Su inicio en la participación política fue en la época universitaria con el movimiento Ruptura de los 25 motivada por su convicción en un “proyecto de patria que era para todos”; posteriormente por las dinámicas electorales y políticas este movimiento se acaba y Cecilia se adhiere al movimiento Participa Democracia radical. Según ella, la idea de que compartieran estos dos partidos el principio de la *democracia radical* incidió en la decisión de militar en Participa. Posteriormente se afilia a la Izquierda Democrática por que el “partido cree en la libertad con justicia social” lo que para ella es un postulado de la democracia radical.



Asegura que no ha cambiado de principios, sino que ha cambiado de partido u organización cuando estas deciden cambiar de principios. Su motivación son los principios de justicia social, libertad y democracias radical. De Ruptura, resalta Cecilia, que es un partido que da la posibilidad a las mujeres de entrar a la dirigencia y eso hace que tenga una orientación feminista y que las mujeres tengan un “peso” importante “eso me permitió entrar en la política, como decimos, pisando duro y sin susto no, sin susto de decir yo soy política, soy mujer”.

Caso contrario ocurrió con otros espacios donde “en los otros espacios en los que he llegado, en los que he estado los liderazgos masculinos han sido marcados, duramente marcados, y me tocaba abrir un espacio diferente, mostrar incluso una forma de liderazgo diferente”. Es precisamente ese espacio de poder y dominación, es decir, de reticencia hacia las ideas feministas y a resignificar el rol de la mujer un aliciente para que Cecilia decida no desistir de su idea de cambiar la política y de entrar, como mujer, a la dinámica electoral y partidista para emprender así acciones de resistencia que trasciendan.

Si bien Cecilia decidió militar en estos partidos porque consideró que la democracia radical y la participación femenina estaban garantizadas posteriormente se va a dar cuenta que aun dentro de estas estructuras democráticas la matriz de dominación no ha sido eliminada. Matín asevera en este sentido que “la desigualdad, incluida la de género, se construye, evoluciona y responde a la globalización cultural, económica y social que marca el orden del mundo actual. Se podría pensar que la desigualdad de género es el problema en sí pero, si atendemos a los intereses estratégicos de género, el origen del problema será más bien «la base cultural que sostiene las estructuras de poder de las



comunidades, siendo la causa de las resistencias al cambio» (Rodríguez, Hari, 2009, p. 514).” (2016. 137).

En este caso, la estructura de poder partidista obedece a perpetuar las estructuras de poder patriarcales ya que se invisibiliza los problemas de las mujeres y se las infantiliza lo que a su vez impide el desenvolvimiento de las mujeres en las estructuras políticas partidarias. No obstante, la política electoral es para Cecilia un lugar estratégico más allá que una posibilidad de “quejarme solamente” era la oportunidad de proponer. En este sentido Cecilia propuso espacios de formación militante donde ponía como centro de discusión temas de los cuales no se discutía dentro de Participa. Esto según ella es gracias a su principio y convicción de cambiar y transformar los escenarios y espacios políticos y con ello la política misma.

“uno se mete a la política no porque sea lindo sino porque sabes que estratégicamente tienes que meterte ahí y que tienes que cambiar, uno no se hace política porque ¡wow! ¡qué espacio tan maravilloso, que chévere, me inspira!, no. Uno se mete a la política desde la ira y la indignación y decir voy a cambiar esta cosa” (Entrevista Cecilia Alvarado, 2018).

Al Igual que Andrea y María José, para Cecilia la participación de las mujeres en espacios públicos y de política partidista o electoral es de suma importancia para democratizar y ampliar la perspectiva de acción del Estado y la política pública. Es una constante manifiesta la idea de que el *deber ser* de la mujer en la política se debe contraponer al tradicional. Se habla en este caso de cambiar la política y hacer algo diferente, que sea incluyente, democrático y antipatriarcal.



Es por lo anterior que durante sus reuniones de campaña procura garantizar espacios donde las mujeres puedan dejar a sus hijos al cuidado de alguien mientras ellas participan y dialogan con ella, ya que son las mujeres las responsables del cuidado de los niños y el hogar. Esto con el fin de garantizar y promover espacios físicos pero además porque “todos los que piden la palabra son los compañeros, y entonces después de cinco intervenciones de los compañeros ya parece que nadie más quiere intervenir y ves el salón mayoritariamente de mujeres y ninguna de ellas ha levantado la mano, y entonces el que yo antes de empezar a responder las preguntas les diga y alguna compañera no quiere opinar no, y que les motive, y les invite a abrir ese espacio, y entonces de pronto las mujeres empiezan a preguntar por la escuela, por los lugares de venta, porque la guardia ciudadana les quita sus productos, porque la línea de bus no llega hasta donde ellas necesitan, porque sus parcelas, sus terrenitos están siendo multados” mientras los hombres hablan de vías, del estadio.

La potencia de esto radica entonces en la inclusión de la perspectiva de género en su agenda política. Esto pone de manifiesto que es necesario incluir el enfoque de género desde la experiencia misma de las mujeres en tanto es la experiencia de un actor excluido históricamente que nutre con puntos de vista que sobre pasan el género. En este sentido Conger señala que “dado que actividades tales como preparar los alimentos, cuidar a los niños y atender el hogar son "labores de la mujer", han sido las mujeres quienes se han organizado en forma colectiva para protestar contra las condiciones de pobreza puesto que son ellas las que tienen que poner los alimentos en la mesa, ya sea que contribuyan o no al ingreso familiar” (Conger, 1994, 206).

Cecilia define el feminismo también como acción y no se considera de ninguna corriente feminista, considera que el feminismo es “Luchar por una sociedad más justa



para hombres y mujeres”. Ratificando que el feminismo como movimiento de mujeres logra articular no una agenda política única sino un sentir y un lugar de posicionamiento de un sector subalterno.



## CONCLUSIONES

En la tesis se ha caracterizado los recursos materiales y simbólicos, así como las experiencias de exclusión y discriminación, que vivieron tres mujeres de la ciudad de Cuenca actualmente activas en la vida política local. Esto, a fin de analizar los procesos de construcción de la subjetividad política feminista y brindar elementos que aporten a pensar formas de inclusión dentro y fuera de la política partidista.

En tal sentido, el análisis de los capitales materiales y simbólicos que van trazando la trayectoria política y la construcción de subjetividad política femenina, y feminista, indica que la adquisición de capitales puede ser de formas tan diversas como la naturaleza de los mismos. No existe una única vía para activarse en la política. Una mujer no existe una única vida para activarse en la política. El sujeto se hace constantemente, los capitales por sí solos no son determinantes. Son las rupturas en las historias de vida aunadas a las coyunturas y el juego que cada actor hace con estos capitales lo que determina el camino de la trayectoria.

Dichos recursos pueden ser de carácter simbólico o material. La pertenencia a una clase social específica propicia la adquisición de capitales relacionados al habitus propio adoptadas por todas las informantes a partir de sus experiencias políticas una conciencia de clase. En estos casos, las informantes con quienes construimos las tres historias de vida pertenecen a una clase social media que facilita ciertas condiciones favorables: Círculo familiar más o menos politizado lo que de alguna forma incentivó la formación de un pensamiento crítico, acceso a formación universitaria y capitales familiares heredados.



El ingreso a la universidad representa la posibilidad de adquirir capitales culturales, pero no significa, *per se*, la acumulación simbólica de los mismos. Es la sociedad que valora la formación profesionalizante conjugado con las dinámicas micro políticas de la universidad y las experiencias personales, las que hacen que se gesten y cultiven recursos como la oralidad y las habilidades de liderazgo.

De igual forma, los capitales familiares toman valor como acumulado político en el momento que los valores y el sentido del *deber ser* en el hogar se trasladan al *deber ser* de la política. El ethos de la clase media y el habitus político-familiares son importantes, pero cada sujeto decide, en función a sus experiencias y la conciencia de las mismas, si les orienta a una praxis social y política coherente con su vida privada-familiar.

La militancia es una de las condiciones de posibilidad para adquirir los atributos necesarios para incursionar en el campo político partidista y son las organizaciones políticas universitarias quienes facilitan, en la mayoría de los casos, esta experiencia. El campo profesional también puede generar experiencias que dinamicen la militancia.

Pero, los capitales por si solos no generan subjetividad política. Sólo a través del conflicto se da la construcción de sujetos políticos y es a través de las experiencias de lucha y la reconfiguración de los campos de poder que las subjetividades van tomando características particulares. La capacidad, disposición o potencialidad de convertir las prácticas en memoria, en acción política y en conciencia es lo que da a la práctica su potencial capacidad de volverse experiencia (Modonesi 2010).

Al rastrear los elementos de interés para este estudio en las historias de vida de las tres mujeres que colaboran en él, es posible identificar puntos de ruptura, es decir, hechos o experiencias relevantes que han significado un punto de inflexión que promueve la participación política o el replanteamiento de nuevas formas de ser y habitar el mundo.



"En este sentido, Langton indica que para muchas mujeres la vida parece ofrecer pocas oportunidades y aventuras, ningún porvenir más que el de cuidar la casa y criar a los hijos, sin embargo, una nueva amistad, un libro, la obtención de una beca, hace visible que la percepción del destino es un artificio de la opresión" (Langton, 2001). Para algunas, las cosas son mucho mejor de lo que parecían; para otras, a quienes el mundo les parece funcionar de acuerdo con un orden natural, el cambio les parece inaceptable. La inferioridad "natural" adjudicada a las mujeres ha propiciado que se las juzgue aptas, para actividades de servicio, de operación, pero no de liderazgo." (Langton, 2001, 47).

En el caso de Andrea la empatía con Natasha Rojas una dirigente política la va a motivar a emprender su carrera como dirigente política, Para María José será la experiencia vivida durante su estadía en la universidad la que la motive a militar activamente en pro de las mujeres y para Cecilia la cercanía con las ONG que tienen como objeto la violencia basada en género.

Igualmente estas formas de opresión van a estar mediadas por la dicotomía privado-público ya que es en la esfera privada donde ocurren la mayoría de formas de violencia a la mujer por que ha sido este el espacio que se le ha asignado históricamente (Dietz, 1990); como se dio en la experiencia de María José en la universidad. La distribución desigual de las labores del hogar y de cuidado, muchos casos de violaciones entre otros ocurren en el espacio privado, no obstante, todos estos problemas requieren de medidas culturales y políticas que se median y resuelven solo mediante políticas efectivas y el debate abierto y público. Es allí donde el espacio público se vuelve un campo de lucha, debido a la reticencia de muchos sectores a permitir que las mujeres entren y tomen estos espacios con el fin de mantenerlas invisibilizadas.

El proceso de construcción de identidad y subjetividad políticas femeninas ha sido condicionado históricamente por el orden patriarcal a tal punto que ha negado e imposibilitado el desarrollo de las mujeres. Entendiendo que esto ha impedido la





posibilidad de la construcción autónoma de la subjetividad femenina. Es necesario como alternativa plantear condiciones de resignificación y autodeterminación, tanto subjetiva como objetiva, donde las mujeres puedan construir identidades en función de su experiencia y condiciones y no desde las prenociones sociales del deber ser femenino.

Se pudo evidenciar también que no es necesario que exista una noción exacta ni única de feminismo. Como señala Mouffe, una ciudadanía radical parte de la creación de una identidad política común que oriente la práctica política y propicie la apertura democrática de diferentes sectores. No quiere decir esto que el feminismo no sea pertinente y que se deba luchar por un todo, al contrario, el feminismo se hace más pertinente en tanto permite crear un espacio de enunciación y nutrir la creación y recreación de la identidad de la mujer en los diversos aspectos del desarrollo humano. Cuando estas mujeres hablan de no identificarse con ningún feminismo es importante tener en cuenta que es necesario resignificar el feminismo como una forma de vida ya que esto permite construir desde la experiencia subjetiva esta forma de resistencia.

Así pues, lo que se pretende es desencializar la imagen de mujer y entender la multiplicidad de dimensiones que pueden tener las mujeres más allá del género. El potencial de esto es la consolidación de un sujeto político que se inserte en las diversas esferas de la sociedad poniendo en evidencia que en los diferentes sectores sociales existe una exclusión que solo es posible visibilizar al implementar la perspectiva de género en cada una de estas luchas, bien sea en el sector sindical, estudiantil, campesino etc. No es la lucha por la esencia de la mujer y su posicionamiento, es la lucha por las formas de opresión contra la mujer como sujeto político e histórico que se encarnan en todas las esferas de la sociedad.



Es mucho más potente que el feminismo no tenga una definición exacta o concreta, esto demuestra que cada mujer reconoce el feminismo como una posibilidad de resistencia o un lugar de enunciación de su subalternidad pero a su vez no reconoce que sea algo esencial sino algo construido desde la experiencia y el acumulado histórico del movimiento. “una lucha en contra de las múltiples formas en que la categoría “mujer” se construye como subordinación” (Mouffe, 1989, 21).

Conger afirma que “a pesar de que hubo un regreso a la democracia en Ecuador, la lucha de las mujeres demuestra las formas bajo las cuales las relaciones al interior del hogar y las relaciones sociales entre hombres y mujeres en general no se han democratizado” (Conger, 1994, 206), y es precisamente por esto que para algunas mujeres es difícil lidiar con una jornada laboral que comprende el trabajo del cuidado del hogar, el trabajo que se realiza para ganarse la vida (profesión/ocupación) y el trabajo que requiere la militancia política. Este encerramiento de la mujer en los espacios privados ha propiciado que se le encasille en los roles del hogar y asuma un proyecto de vida socialmente construido, la maternidad.

En algunos casos la autoexclusión de las mujeres de ciertos cargos no es únicamente por la interiorización de la asignación sexual que tiene determinado empleo, también se da el caso en que las mujeres deben mediar y medir las responsabilidades del hogar o de cuidado que tenga a cargo y las aspiraciones laborales junto con la carga de trabajo y responsabilidad que estas traen consigo.

Esto plantea una encrucijada difícil de sortear. A nivel personal muchas mujeres sienten que el espacio de resistencia es desarrollarse en los escenarios que eran tradicionalmente masculinos y a su vez en los que tradicionalmente se desempeña la mujer, es decir la esfera privada. La posibilidad de demostrar las capacidades de moverse con total éxito



en ambas esferas configuran una nueva identidad femenina que puede ser percibida como más empoderada.

No obstante, esto puede ser visto como la ilusión de libertad dentro de la dominación en tanto, si bien empodera a la mujer, no propende por hacer una redistribución igualitaria de los roles y profesiones que no funja en función del género. Además de esto pone a un mismo nivel el trabajo de cuidado y el trabajo profesional desconociendo que los trabajos de cuidado si bien son igual de exigentes, en algunos casos más exigentes, que los trabajos profesionales los primeros no tienen ninguna remuneración.

Así pues, se evidencia que el sujeto se hace constantemente. Según Modonesi (2010) la subjetividad política transita por la tríada *Subalternidad*, *Antagonismo* y *Autonomía* según el diálogo que las personas establezca con las relaciones de poder que lo atraviesan. En el caso de las tres mujeres participantes de esta investigación se vio que, aunque su subjetividad política ejercida podría situarse en la subjetividad política subalterna (en términos de Modonesi), puesto que se produce en función de la incorporación de experiencias colectivas de subordinación que se mueven entre la aceptación relativa y la resistencia en el marco de dominación existente. Es decir, no implica el establecimiento de un orden de poder diferente al que ya existe, sino más bien contiene la posibilidad de la renegociación del *poder sobre*; es decir, la posibilidad de actuar sobre el restablecimiento de un orden de justicia (Modonesi 2010).

Pero, cabe resaltar la advertencia hecha por el autor, al decir que esta triada (subalternidad/antagonismo/autonomía) no pretende clasificar el accionar político, sino dar cuenta de las dimensiones políticas y relacionales que se dan entre sujeto y las relaciones de dominación. Entonces, me atrevo a decir que la subjetividad política femenina y feminista transita entre la subalternidad, el antagonismo y la autonomía.



Recordemos que las experiencias de *subordinación* ocurren en el marco de la renegociación del ejercicio del *poder sobre* la dominación existente; la resistencia como experiencia y manifestación de la conciencia demarca una *subjetividad subalterna*. Las experiencias de *insubordinación* caracterizadas por la impugnación y la rebelión contra la dominación existente son la manifestación del ejercicio del *poder contra* y delinean la *subjetividad antagónica*. Finalmente, la subjetividad *autónoma* da cuenta de un *poder hacer* que se evidencia en la capacidad de los sujetos por establecer relaciones y procesos de liberación (Modnesi 2010).

Las tres trayectorias aquí contadas y analizadas, nos cuentan cómo las mujeres respondemos a las relaciones de poder que nos atraviesan en la escuela, la universidad, el trabajo, la familia y la militancia de diversas formas. Unas veces renegociando los campos de poder, otras, rompiendo con el poder desde la autonomía en prácticas del día a día que parecen insignificantes pero que para nosotras significan procesos de liberación. Ejemplo de ello es la decisión de María José de dejar de performar su vestimenta para recibir el respeto que, en su profesión, solo se da a los hombres.

Los aportes de Modonesi (2010) son claves para esto, pues él da gran valor a los cambios internos del sujeto y la producción de un sistema de organización de la vida social sin que estos tiendan, necesariamente, al desmonte del orden mundial. Los cambios moleculares y locales resultan importantes en tanto el despliegue del sujeto *antagónico* y *autónomo* ya afecta el entramado del poder social.

El potencial de contestación no está determinado únicamente por el lugar del sujeto en las relaciones de producción, más bien, está fuertemente estimulado por las experiencias de dominación, conflicto y emancipación que este establece con las relaciones de poder.



Entonces, la subjetivación política es un proceso abierto forjado por las experiencias colectivas emergentes de las relaciones de dominación, conflicto y emancipación que experimentan los sujetos. Dicha subjetivación -según los matices que toma con las relaciones de poder- puede generar grietas en las relaciones de dominación y dar paso a transformaciones sociales más o menos profundas, más o menos perdurables.



## Bibliografía

- Alda Facio y Lorena Fries. (2005). Feminismos, género y patriarcado. *Revista sobre*
- Beauvoir, S. D. (1999). *El segundo sexo*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Beltrán Elena, Virginia Maquieira, Silvina Álvarez, Cristina Sánchez. (2001). *Feminismos. Debates teóricos contemporáneos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: ANAGRAMA.
- Bourdieu, P. (1979). La distinción. Criterios y bases sociales del gusto. In *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*.
- Bourdieu, P. (2002). *Campo de poder, campo intelectual*. México.
- Butler, J. (2001). *El género en disputa*. México: Paidós.
- Connell, R. (1997). La organización social de la masculinidad. En T. V. Olavarría, *Masculinidades, poder y crisis* (págs. 31-48). Chile: ISIS internacional-FLACSO.
- Conger, A. (1994). PODER, GÉNERO Y DESARROLLO: LAS ORGANIZACIONES POPULARES DE MUJERES Y LA POLÍTICA DE NECESIDADES EN ECUADOR. In *MUJERES Y PARTICIPACIÓN POLÍTICA. Avances y desafíos en América Latina* (pp. 205–226).
- Costa, D. (1971). *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad*. Obtenido de Retórica de resistencia: <http://retoricasdareistencia.blogaliza.org/files/2012/01/Las-mujeres-y-la-subversion-de-la-comunidad-1971.pdf>
- Davis, A. (2004). El legado de la esclavitud: modelos para una nueva feminidad. En A. Davis, *Mujeres, raza y clase* (págs. 11-37). Madrid: Akal.
- Dietz, M. (2001). El contexto es lo que cuenta: feminismo y teorías de la ciudadanía. *Debate Feminista. Ciudadanía y feminismo*, 3-32.
- Dietz y Cecilia Olivares. (2005). Las discusiones actuales de la teoría feminista. *Debate Feminista*, 179-224.
- Federici, S. (2013). *El patriarcado del salario*. 19. <https://doi.org/10.1017/CBO9781107415324.004>



- Federici, S. (2014). *La inacabada revolución feminista. Mujeres, reproducción social y lucha por lo común*. Bogotá:: Desde abajo.
- Federici, S. (2004) *Caliban y la Bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid. Traficantes de sueños
- Fisher, H. (2000). *El primer sexo. Las capacidades innatas de las mujeres y cómo están cambiando el mundo*. España: Taurus.
- Foucault, M. (2008). *Reflexiones sobre el saber, el poder y la verdad*.
- Galindo, M. (2013). *No se puede descollonizar sin despatriarcalizar*. La Paz: Mujeres Creando.
- García, Á. (2001). Sindicato, multitud y comunidad. Movimientos sociales y formas de autonomía política en Bolivia. *Tiempos de Rebelión*, 9-28.
- Gargallo, F. (2007). Feminismo Latinoamericano. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 17-34.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, ciborgs y mujeres*. Madrid: Cátedra.
- Hurtado Arroba, E., Paladino, M., & Vommaro, G. (2018). Presentación del dossier. Las dimensiones del trabajo político: destrezas, escalas, recursos y trayectorias. *Íconos - Revista de Ciencias Sociales*, (60), 11. <https://doi.org/10.17141/iconos.60.2018.3014>
- Joignant, A. (2012). Habitus, campo y capital. Elementos para una teoría general del capital político. *Revista Mexicana de Sociología*, 74(4), 587–618.
- Lagarde, M. (1997). *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia, España*, . España: Horas y Horas la editorial.
- Lamás, M. (1996). *El género: La construcción cultural de la diferencia sexual*. México: PUEG-UNAM.
- Lamás, M. (2002). *Cuerpo: Diferencia sexual y género* . México: Taurus.
- Lugones, M. (2008). *Colonialidad y género. Hacia un feminismo descolonial*". *Género y descolonialidad*. Buenos Aires: Ediciones del signo.
- Luna, L. (1994). Estado y Participación Política de mujeres en América Latina: Una relación desigual y una propuesta de análisis históricos. En M. León, *Mujeres y Participación Política: Avances y desafíos en América Latina* (págs. 37-58). Bogotá: Santa fé.



- Martínez Martín, I. (2016). Construcción de una pedagogía feminista para una ciudadanía transformadora y contra-hegemónica. *Foro de Educación*, 14(20), 129-151. doi: <http://dx.doi.org/10.14516/fde.2016.014.020.008>
- Massolo, A. (2007). *Participación política de las mujeres en el ámbito local en América Latina*. Santo Domingo: Instituto Internacional de Investigaciones y Capacitación de las Naciones Unidas para la Promoción de la Mujer (INSTRAW).
- Mendoza, B. (2014). La epistemología del sur, la colonialidad del género y el feminismo latinoamericano. En G. D. Espinoza Yuderlys, *Tejiendo de otro modo: Feminismo, epistemología y apuestas descoloniales en Abya Yala*. Colombia: Universidad del Cauca.
- Modonesi, M. (2010). *Subalternidad, antagonismo y autonomía*. Buenos Aires: CLACSO.
- Obando Salazar, O. L. (2017). Nadando contra la corriente. Mujeres y cuotas políticas en los países andinos. *La Manzana de La Discordia*, 1(2), 119.
- Ovalle, V. Quintana, S. (2013) El Habitus Femenino Y El Destino Del Cuerpo En La Maternidad. Institución Universitaria de Envigado.
- Pañuelos en Rebeldía. (2007) Hacia una pedagogía feminista. Géneros y educación popular. Colección Cuadernos de Educación Popular. Buenos Aires
- Ramírez, F. (2015). Subjetivación política y perspectiva del cambio. En M. Modonesi, *Movimientos subalternos, antagonistas y autónomos en México y América latina* (págs. 29-49). México: UNAM.
- Ranaboldo, C., & Solana, Y. (2008). *Documento de Trabajo N° 23 "Desigualdad de género en la participación política de las mujeres en América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile.
- Scott, J. (2008). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En J. Scott, *Género e historia* (págs. 48-76). México: Fondo de Cultura económica - UNAM.
- Stolcke, V. (2000). ¿Es el sexo para el género, lo que la raza para la etnicidad? *Política y cultura*, 25-60.





- Tarrés, M. L. (2005). *Mujer y política. Los dilemas de una inserción subordinada*. México: El Colegio de México.
- Tripp, A (2013) La política de derechos de las mujeres y diversidad cultural en Uganda. DOI: 10.1017/CBO9781107415324.004
- Vélez, G. (2008). *La construcción social del sujeto político femenino*. México: UNAM.
- Viveros, M. (2010). *La interseccionalidad, perspectivas sociológicas y políticas*. Brasil: Ponencia presentada en el seminario internacional Direitos sexuais, feminismos e lesbianidades- Olhares diversos.
- Wade, P.; Urrea, F.; Viveros, M.; (2008) *Raza, etnicidad y sexualidades: ciudadanía y multiculturalismo en América Latina*. Colombia: UNC.
- Young, K. (1997). El potencial transformado en las necesidades prácticas: empoderamiento colectivo y el proceso de planificación. En M. León, *Poder y empoderamiento de las mujeres* (págs. 99-118). Bogotá: TM eds. y Universidad Nacional- Facultad de Ciencias Humanas.
- Zambrano, A. P. (2005). Ley de cuotas y participación política de las mujeres en el Ecuador. *Revista IIDH Vol. 42*. Retrieved from <http://www.corteidh.or.cr/tablas/R06749-15.pdf>



## ANEXO 1

### Instrumento metodológico

Esta herramienta pretende captar la trayectoria de las mujeres seleccionadas, a fin de dar cuenta de los objetivos de la investigación –general y específicos. A fin de lograr esta pretensión, se propone una entrevista no-directiva que estará guiada por los siguientes temas: inicios de la trayectoria política, marco ideológico, condiciones intra-partidistas, disputas en el marco del enfoque de género, ocupación de cargos públicos o de elección popular.

**Nota metodológica 1:** Las entrevistas no-directivas permiten la interacción entre entrevistada y entrevistadora, de tal suerte que los temas más importantes para la entrevistada van guiando el curso del instrumento. A modo de derrotero se propone un cuerpo de preguntas que orientarán el itinerario de la entrevista. Como insumo para la sistematización de la información recolectada, se recomienda tomar la información básica de la entrevista: nombre de la entrevistada, lugar de la entrevista, hora de la entrevista, fecha de la entrevista.

**Nota metodológica 2:** Resulta de la mayor importancia tomar nota de la gestualidad de las entrevistadas, así como de las interpretaciones de la entrevistadora. Estos datos son de la mayor utilidad en términos del análisis de la información.



## ANEXO 2

### Preguntas

- Breve presentación, nombre, edad y actualmente en qué se desempeña.

#### 1. *Inicio de la trayectoria política*

- 1.1. ¿Cómo se introduce en la política?
- 1.2. ¿Qué intereses la motivaron para ingresar a la política?
- 1.3. ¿Qué personas y/o experiencias la inspiraron para iniciar su trayectoria política?
- 1.4. ¿Cómo inicia su trayectoria política? ¿En qué institución inicia su trayectoria política?
- 1.5. ¿Qué rumbo va tomando con el tiempo su militancia política, por qué esos cambios o permanencias?
- 1.6. ¿Qué lugar ocupa su familia en términos de su incursión en la política?

#### 2. *Marco ideológico*

- 2.1. ¿Se considera feminista?
- 2.2. ¿Qué elementos le permiten identificarse como feminista?
- 2.3. ¿Cuáles son las motivaciones que le han permitido identificarse como feminista? (hacer énfasis en las experiencias de vida que la acercaron al feminismo de manera activa)
- 2.4. ¿Qué significa ser feminista?
- 2.5. En el espectro ideológico, ¿usted se considera de izquierda, centro, o derecha?
- 2.6. ¿Qué significa ser de izquierda/centro/derecha?
- 2.7. ¿Se identifica con una corriente del feminismo en especial, cual, por qué si o por qué no?



2.8. ¿Su participación en la política ha estado marcada por luchas específicas?  
¿Cuáles y por qué esas y no otras?

2.9. ¿Si llegase a ganar las actuales elecciones cuales serían las prioridades en temás de mujeres en su agenda, por qué?

### 3. *Condiciones intra-partidistas*

3.1. ¿Su condición de mujer ha modificado las circunstancias del desarrollo de su trayectoria política, respecto de otras mujeres u hombres, en el movimiento/partido al que pertenece?

3.2. ¿Qué tipo de ventajas ha tenido en el movimiento/partido al que pertenece por ser mujer?

3.3. ¿Qué tipo de obstáculos ha tenido en el movimiento/partido el que pertenece por ser mujer?

3.4. ¿Cuántas mujeres ocupan un cargo directivo en el movimiento/partido al que pertenece?

3.5. ¿Las condiciones democráticas del movimiento/partido (toma de decisiones y gestión de conflictos) al que pertenece han mejorado con la inclusión de más mujeres en su base, y en cargos directivos? ¿De qué manera han cambiado?

3.6. Si existe una supremacía masculina en el movimiento/partido al que pertenece (ocupación de espacios directivos, toma de decisiones, gestión de conflictos), según su criterio, ¿qué factores determinan tal supremacía?

3.7. Si considera que existe desigualdad de género en los espacios políticos por los que ha transitado ¿Cuáles son los principales obstáculos que encuentran las mujeres (no necesariamente ella) para disputar espacios de poder y de toma de decisiones? (formación académica, recursos económicos, contactos, etc)

### 4. *Disputas en el marco del enfoque de género*



- 4.1. ¿Una mujer necesita de requisitos adicionales, respecto de los requeridos por los varones, para acceder a cargos directivos en el movimiento/partido al que pertenece?
- 4.2. ¿Qué tipo de afrentas/agresiones/hechos de violencia (Física o simbólica) ha vivido en el movimiento/partido al que pertenece por su condición de mujer?
- 4.3. ¿Se ha sentido subestimada en sus capacidades por su condición de mujer, en el movimiento/partido al que pertenece?
- 4.4. ¿La agenda del movimiento/partido al que pertenece tiene enfoque de género?  
¿Cuáles son los aspectos más relevantes de esa agenda?
5. *Ocupación de cargos públicos o de elección popular*
  - 5.1. ¿Ha ocupado cargos públicos o de elección popular?
  - 5.2. ¿Cómo se desarrolló el proceso que le permitió ocupar tal cargo?
  - 5.3. En posesión del cargo, ¿tuvo o ha tenido que demostrar sus capacidades, de manera distinta o superlativa, respecto de otras mujeres o varones? ¿Por qué?
  - 5.4. ¿Qué implica para las mujeres ocupar este tipo de cargos?
  - 5.5. ¿Qué importancia tiene para las mujeres ocupar este tipo de cargos?
  - 5.6. ¿Qué importancia tiene la paridad entre géneros en términos de la ocupación de este tipo de cargos?
  - 5.7. ¿Ser abiertamente feminista afecta su participación en cargos públicos o de elección popular en Cuenca? ¿cómo?